

LA REINA ISABEL SEGUNDA



PSICOLOGÍA POLÍTICA

Por lo que la historia, con sus hechos, y la conseja, con sus anécdotas, cuentan de Isabel II y de su progenie, se puede deducir con claridad cuál fue el carácter, la psicología íntima de la hija mayor de Fernando VII, y por qué motivo ha muerto destronada y oscurecida en el extranjero.

Nacida de padre viejo y de madre hermosa, venida al mundo como producto de unos amores de razón de Estado habidos entre hombre achacoso, degenerado y senil, y mujer joven, lozana y ambiciosa, la manera mental de ser de Isabel II resulta de la combinación de estas dos fuerzas biológicas tan desproporcionadas y diferentes.

Por parte de padre su herencia vital es abrumadora y aplastante. Fernando, con siniestra ironía llamado «el Desacuerdo», fué el peso de una estirpe agotada y casi muerta; de una estirpe que á un Fernando VII, loco y parálisis, encadena un Carlos III, inocente y bonachón, y á éste un Carlos IV tolerante y plañidero, que, con María Luisa, de non sancta memoria, engendró al verdugo del Empeñadito, al prototipo de lo canallasco, al espejo de la truhanería, al modelo fiel y acabado de la vileza y de la traición.

La sangre podrida de Fernando VII resultó vigorizada por la rutilante y juvenil de María Cristina, y, de la mezcla de estas dos vidas, nació Isabel II, libre, en verdad, de las condiciones infames de su padre; pero que nunca tuvo la energía de carácter, el tesón de voluntad de aquella reina gobernadora que en 1834 otorgó el estatuto Real, con el que salvó el trono de su hija y dio á su pueblo un régimen progresivo y libre.

La reina Isabel fué en conjunto, éticamente considerada, una mujer buena, sin malos instintos, fácil á la piedad, aunque medioderecho, como de sus obras se desprende, y de una voluntad débil y tornadiza, gozó, sin embargo, cierta sutileza de ingenio, gran agudeza de frase, casi siem-

pre punzante y mordaz (único estigma que acusaba á su padre), que la hacía de trato ameno y entretenido. Jamás se sabe de ella que tuviera ni un solo pensamiento de Estado, ni una iniciativa provechosa al pueblo, ni una idea que á la colectividad le produjera ningún bien. En cambio, no hubo hombre público que pasara ante su trono, no sucedió acontecimiento ni se consumó virtud ni deslíz que á su conocimiento llegara, que no fuese marcado por su palabra satírica con ocurrencia graciosa de una expresión atractiva y picante.

Análizando detenidamente el carácter de Isabel II, se ve bien claro que su naturaleza psicológica es esencialmente sensitiva. La mayoría de las mujeres que traen tara hereditaria y degenerativa en su sangre, tienen esta forma de temperamento mental, son casi siempre histéricas, y la madre de Alfonso XII era de complejión histeriforme y nerviosa. Por eso, en ella, el corazón, siempre abierto á toda suplica, se derrama sin tasa en una prodigalidad desfilarradora. Su sensibilidad de niña neurótica no puede consentir que á su lado haya quien sufra, como el remedio y la paz pueda ella dárlos con sus bienes. Generosa hasta la locura, no llega á su oído ninguna pena sin que su mano, nunca dormida, deje de alargarse automáticamente para aliviarla.

Pero esta generosidad de la hija de María Cristina no se determina nunca más que en particularismos; es decir, en actos personales de mujer, no en empresas colectivas de reina. Siente el amor al prójimo, no por el amor mismo, sino porque ese amor le proporciona á ella el placer de alargar la limosna, pagada siempre, por grande que ésta sea, con el inmenso «gracias!» que devuelve el menesteroso socorrido. Su alma, esencialmente sensitiva, tiene que gozar de presencia el bien llevado á cabo. No concibe su espíritu esa dicha sin medida de la felicidad impersonal realizada por el Poder en el pueblo.

La sensibilidad histérica de Isabel II la hizo propia para la vida fútil y cambiante de fiestas y devaneos. Sus nervios la arrastran á los grandes espectáculos públicos en que las damas lucen sedas y flores, en que los palaciegos visten uniformes y presas, en que las «manolitas» se cimbrean bajo cascadas de madroños alfealdos y abren el cielo de sus desechos entre las nubes voladoras de sus blancas mantillas de encaje, y en que el pueblo todo, ebrio de alegría, clamoroso hasta enronquecer, se agita en los tendidos de la plaza, conmovido por las trágicas arrogancias del Chichanero, encantado por las habilidades de Cúchares, estático ante las finuras y primores de Cayetano Sanz, rugiendo con el cencerro del Chiróni ó palmoreando como loco las sangrientas competencias de Loco y

Curro Calderón. Y allí, en lo alto, en el palco presidencial, ella, la reina de España, deslumbrada por el centelleo de lentejuelas de oro, herida á los besos del sol de Julio, ensordecida por el vocerío inmenso, aspirando ansiosa aquel aire caliginoso y polvoriento, mezcla de vaho de sangre y de perfume de claveles.

No tuvo salvación la pobre reina. Todo lo que al abrir los ojos á la vida y al Poder la rodeaba, contribuyó á acentuar más y más la debilidad histérica de su cerebro. La adulación, la ruindad, la falsía, el engaño alevé, la astucia explotadora, la palabra miserable y rastrera que transforma en mercancía el halago, la red tendida al incauto candor, la inocencia perdida sin el goce, todo esto ciñóse á ella como fiera serpiente inextinguible, imposibilitándola de huir á la esclavitud de sus nervios. Y por si algo faltaba á la infeliz mujer para declararla irredimible á irredimible, la despiadada política la hizo contraer matrimonio el 10 de Octubre de 1846 con su pobre primo, enlace desdichadísimo que la desventurada Isabel juzga con aquella frase de espontaneidad arrancada á su pena: «Puede que Dios perdone á Guisot el ser protestante; pero lo que estoy segura que no le perdonará es la forma y manera como me ha casado».

Su poco entendimiento la llevó siempre contra su propio interés, contra su conveniencia. Por aquel famoso decreto de 23 de Marzo de 1830, fué declarada legítima heredera al trono de España, y, apenas muerto su padre, cuando ella contaba tres años de edad, al ser proclamada reina, el 29 de Septiembre de 1833, su tío Carlos María Isidro, aquel mentecato que para vencer á Espartero puso como general de su ejército á la Purísima Concepción, echóse al monte, apoyado por la reacción y por la Iglesia, encendiendo la guerra civil por todas partes.

Sólo el pueblo liberal defendió en aquel entonces el trono y la cuna de la desvalida Isabel. La Santa Sede, esa á la que aquella reina infeliz vivió esclava, púsose en frente de ella y atizó en nuestro suelo la tea de la discordia. Siete años de terribles combates en los que se vertió la sangre á torrentes sufrió la patria por aquel pleito de familia; siete años, en los que al grito de «¡viva la libertad!» se consiguió para la reina niña un trono y una nación. Al «¡viva la libertad!» venció D. Luis Fernández de Córdoba á Zumalacárregui en los breñales de Mendigorría; al «¡viva la libertad!» ganó Espartero, entre las sombras de la noche y envuelto en torbellinos de nieve y de balas, la batalla gloriosa de Luchana; al «¡viva la libertad!» entregóse al duque de la Victoria, en Vergara, el 31 de Agosto de 1839, el ejército del general Maroto; al «¡viva la libertad!» fué tomada Morella; el cubil de Cabrera; y al «¡viva la libertad!», en 1840, entraban en Francia por la frontera catalana los últimos aspedos de aquel ejército del oscurantismo.

Otra vez, al concluir el año 50, volvió á levantarse la bandera de la rebelión carlista en Cataluña, y otra vez al grito de «¡viva la libertad!» volvieron á ser amordazados los cachorros del tigre del Maestrazgo. Y sin embargo de tanta fidelidad, de tanto sacrificio, el partido liberal tuvo que llegar siempre al Poder, bajo el reinado de Isabel II, teniendo que pasar antes por lagos de sangre. ¡Tanta animadversión había por aquella época en Palacio al generoso pueblo que á costa de tanto pelear y de tanto tesón mantenía en pie un trono combatido!

Fuó gravísimo error de Isabel II: error nacido de sus cortas luces. Ella era reina de España por aquel grito de «¡viva la libertad!» pero luego, se coló en brazos de

la reacción, del neísmo, de aquella Iglesia que tanto la combatieron y tanto á la patria ha empobrecido y atrasado; y el pueblo, al fin, cansado de tan gran locura, dió con el trono en tierra en la gloriosísima de 1868, que es como acaban siempre los litigios entre las realidades y las naciones cuando los reyes se empeñan en ir contra las naturales corrientes de los tiempos.

Tal era Isabel II, y por eso ha muerto en tierra extranjera sola y olvidada; por ir contra aquel «¡viva la libertad!» que fué su único ángel custodio.

SHIRI

LA ÚLTIMA MORADA

El panteón de El Escorial

En el camino que conduce, desde la iglesia de la marabilla que con el nombre de monasterio de El Escorial erigió Felipe II para conmemorar la batalla de San Quintín, á la anticristiana de la misma, y junto á la escalera llamada del Patrimonio, se encuentra la puerta del Panteón.

Doce gradas en dirección á Oriente y otras trece de puro granito, dan acceso á la artística portada, de orden compuesto, y dos cuerpos labrados en mármol de San Pablo de Toledo y bronce dorado á fuego.

Sobre dos zócalos se asientan otras tantas columnas figuradas que presentan un tercio de relieve, fingiendo el resto de ellas embudado en el ángulo que forman las jambas con las trapiasistras y el muro, estando el todo unido y labrado en un solo bloque de mármol, sobre el que campea una lápida de mármol negro de Italia con una inscripción latina en letras de bronce dorado que, traducida al castellano, dice así:

«Adios omnipotente y grande. Lugar sagrado destinado por la piedad de la dinastía austriaca á los despojos mortales de los reyes católicos, que están esperando el deseado día bajo el altar mayor, consagrado al Redentor del género humano. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, desechó este lugar postumero reposo para sí y para los de su linaje; Felipe II, el más prudente de los reyes, lo designó; Felipe III, monarca sinceramente piadoso, dió principio á los trabajos; Felipe IV, grande por su clemencia, constan-

cia y religiosidad, lo aumentó, embelleció y terminó el año 1654 del Señor».

Acompañan á esta lápida dos serpientes de bronce y dos figuras del mismo metal, representando á la Naturaleza humana y Esperanza.

Arranca de esta artística portada la escalera del Panteón, compuesta de 34 gradas, magníficos jaspes de Tortosa y mármoles de Toledo, ensamblados en forma tal que parecen de una sola pieza, con tres descansos hasta la planta del mismo, que es de forma octogonal, cubierta de mármoles y jaspes como la escalera; pero deteriorada por la excesiva humedad que en aquella silenciosa mansión reina.

Desde la clave del panteón pende artística araña de bronce fabricada por el genovés Virgilio Janelli, en la que serpientes, cariatídes y las figuras de los cuatro evangelistas forman, en unión de otros adornos y molduras, bellísimo conjunto.

Un retablo de gran precio y un altar con peana y mesa de mármol negro de Vizcaya, en el que se entrelazan molduras y follajes de bronce, ocupan uno de los lados del octógono y frente á la puerta que ocupa otro lado, los otros tres se distribuyen á derecha e izquierda del retablo, tras de cada parte, dispuestos y adornados uniformemente. Contiene cada uno cuatro nichos de mármol negro, puestos perpendicularmente uno sobre otro con molduras de bronce y una cartela del mismo metal á cada extremo. Forman un total de 28, contando los dos de encima de la puerta, conteniendo otras tantas idénticas urnas sepulcrales de mármol pardo de San Pablo, con un tarjetón de bronce, donde se inscriben en letras negras de relieve el nombre del rey ó reina cuyas cenizas guardan.

Empezaron á ocuparse por las más próximas al altar, de alto á bajo: los reyes al lado del Evangelio, las reinas madres del príncipe heredero en el de la epístola, siguiendo el siguiente orden cronológico las 19 que hasta ahora están destinadas: Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Luis I, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII y la correspondiente á Don Alfonso XII. A contar desde la Epístola, ocupan las urnas la emperatriz Isabel, doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II; doña Margarita, única mujer de Felipe III; doña Isabel de Borbón, primera de Felipe IV; doña María Ana de Austria, segunda de Felipe IV; doña María Luisa de Saboya, primera de Felipe V; doña María Amalia de Sajonia, única de Carlos III; doña María Luisa de Borbón, única mujer de Carlos IV, cuya señora grabó por sí misma con unas tijeras en el lado derecho del tarjetón su nombre el día que vio lo que sería su última morada, y doña María Cristina de Borbón, cuarta mujer de Fernando VII.

Faltan en el Panteón de los reyes que han venido sucediéndose desde Carlos V en España, Felipe V y D. Fernando VI, que tienen enterramientos especiales en el Real Sitio de San Ildefonso y Salesas Reales de Madrid, figurando en cambio, por gracia de Felipe IV, sus dos esposas, en las que no tuvo sucesión.

Doña Isabel II ocupará, por consiguiente, en el fúnebre recinto, el tercer lugar de la tercera estera, debajo de la tumba de su hijo Don Alfonso XII.

Termináronse las obras del Panteón en Febrero de 1854, que habían empezado en 1617,

siendo Felipe IV quien dispuso la traslación á este sepulcro de los restos mortales de sus progenitores.

Los pudrideros

En la segunda meseta de la escalera que conduce al Panteón, hay tres puertas que cierran otras tantas habitaciones sin luz ni ventilación alguna, llamadas pudrideros.

Terminados los oficios fúnebres y las formalidades de entrega á los frailes residentes en el Monasterio con las ritualidades de la etiqueta que para tales casos, por tradición, rige, con las modificaciones que el tiempo y las circunstancias requieren, el prior, acompañado de algunos de los monjes más ancianos de la comunidad, baja al panteón donde el cadáver habrá sido depositado anteriormente, llevando consigo albañiles y criados.

Estos sacan la caja de plomo, que está convenientemente sellada, y que contiene el cadáver, conduciéndolo al pudridor.

Allí se abren, en el fondo de la caja, unos cuantos agujeros, colocándola después sobre cuatro cuñas de madera, que la levantan un par de pulgadas del suelo, y, una vez efectuado, los albañiles levantan un tabique doble en la puerta, quedando cerrada herméticamente la habitación.

Los cadáveres permanecen allí treinta ó cuarenta años, hasta que consumida la humedad del cadáver, y cuando ya no despiden olor alguno, son trasladados al respectivo panteón y colocados en su urna.

Las cajas exteriores de los reyes se desahoran y aprovechan para ornamentos, porque ya carecen de objeto, puesto que sus restos se colocan en urnas de mármol.

La vida palaciega juzgada por S. M.

Es realmente preciso conocer aquellas costumbres palatinas del siglo XVII y principios del XIX, cuando todavía las casas nobles tenían alguna fortuna, y por consiguiente alguna fuerza, siquiera fuese dentro de las cortinas del Real Palacio, para comprender todo lo que el rey tenía que sufrir de esclavitud y de impertinencia, en todo, por parte de todos y á todas horas, y deducir que el monarca es el más desgraciado de los prisioneros dentro de la jaula más hermosa.

Aún no está lejano el día en que á todos los niños residentes en la corte, y eran muchos, se les comunicaba de oficio la hora fijada por el rey nuestro señor para ir de paseo. Media hora antes comenzaban á entrar en Palacio las carrozas de SS. AA. RR., tirada cada una por seis mulas con sus correspondientes postillón, y cuando S. M. daba la



Espartero

orden de partir, la inmensa comitiva, que terminaba con el coche de S. M., servidumbre y escolta de caballería, se desfilaba por las callejuelas del Madrid antiguo, si al Retiro se dirigían, ó por la Cuesta de la Vega, en medio de terrible polvareda, si á la Casa de Campo ó á El Pardo preferían ir las augustas personas.

Sólo el carruaje de los reyes era el que podía llevar caballos; otra cosa hubiera sido contra la etiqueta, lo cual no obsta para que los infantes, como los generales más ambiciosos ó más afortunados, vistiesen, cual hoy lo hacen, con el uniforme de capitán general, que es el traje del rey, lleno de abigarrados adornos y de entorchados interminables que, en caso de necesidad, les podrían dificultar hasta el acto natural de llevarse las manos á las narices.

Y ya que de infantes hablamos, recordemos aquellos dos hermanos de Don Fernando VII, á quienes se hizo generalísimo de los ejércitos de mar y tierra cuando España apenas contaba con ejército regular y tenía por toda escuadra el viejo navío llamado Soberano.

Pues cierto día se decían muy seriamente el uno al otro en la cámara del rey: «¿Tú por mar y yo por tierra, y que nos entren; con lo cual queda demostrada la ilustración de aquellos personajes y el respeto que podían inspirar á su desgraciado país, ó el auxilio que el rey su pariente podía esperar de ellos; ¡y pensar que en aquella época no había retretes en Palacio!»

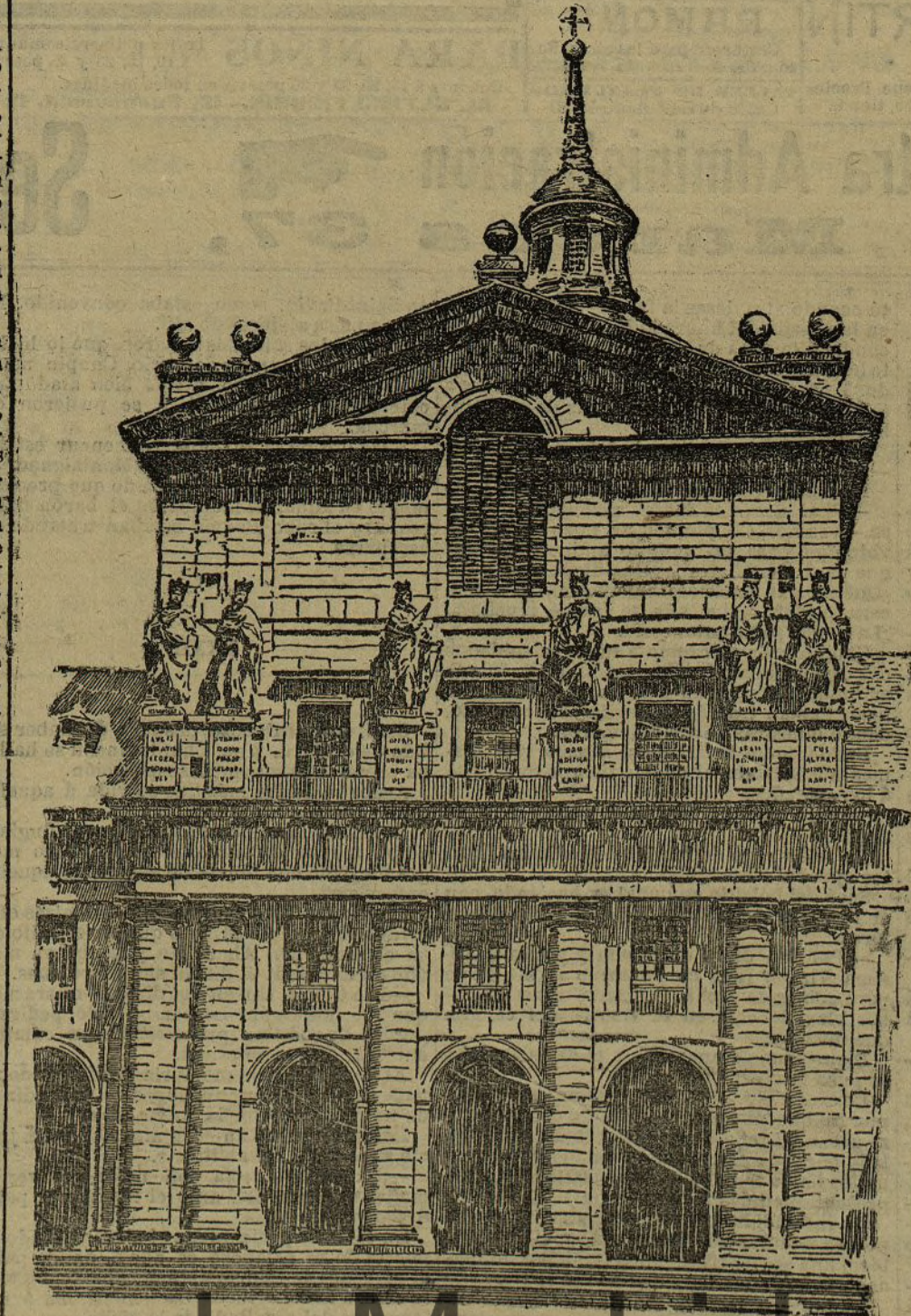
Estos detalles ridículos en lo concerniente al paseo de S. M. se repetían siempre, á cada instante y con cualquier pretexto, así en la vida privada del rey como en las ceremonias palatinas y en las solemnidades del Estado, porque los grandes y los pequeños, y cada cual, tenía que realizar por fuerza sus funciones siempre, aun cuando el rey no tuviera de ellas necesidad ninguna.

Era preciso que el rey tosiera ó se sonara, para que el gentil-hombre, ó la dama ó lo que fuera, realizase el derecho indiscutible que tenía de presentarle el pañuelo, la escudadora, ó lo que necesitase, aun á riesgo de sufrir un *déjà vu* en paz ó un *pueda retirarte* capaz de enrojecer al hombre más templado; pero la etiqueta establecida por los Borbones había convertido aquella fiera de la aristocracia española en el más absurdo, en el más repugnante de los servilismos, y ellos, los nobles, tenían que practicarlos.

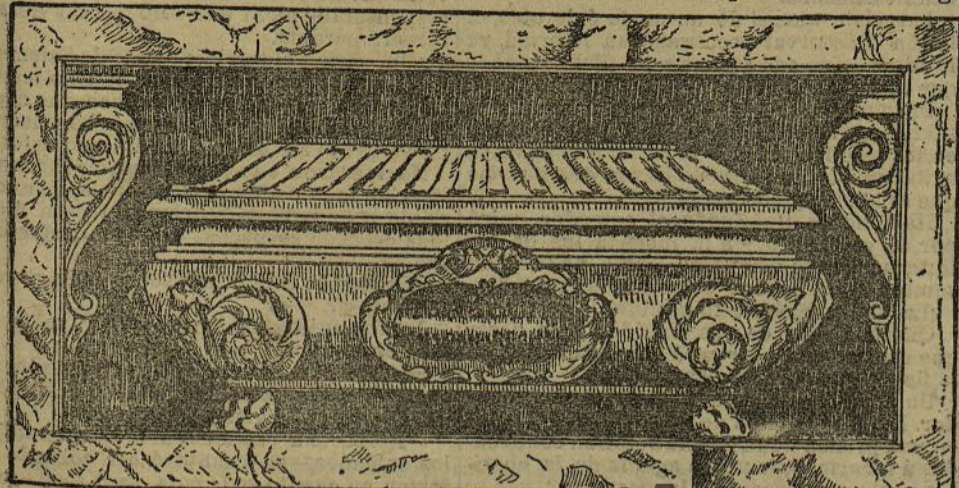
Esto no quiere decir que entre ellos no hubiera alguno que demostrase á la reina Isabel cumplidísima lealtad en todos los actos de su vida; pero para la mayoría la etiqueta era antes que la reina y antes que todo; los producía verdadera hinchazón, y lo vamos á demostrar con uno de tantos casos como hemos oído muchas veces de boca misma de la reina Isabel.

Estaba la Corte de jornada en la Granja por el año del 54 al 55, cuando S. M. recibió un día el aviso del Gobierno de ser necesaria su presencia en Madrid para contener una de tantas insurrecciones como caracterizaron á la política de aquellos tiempos.

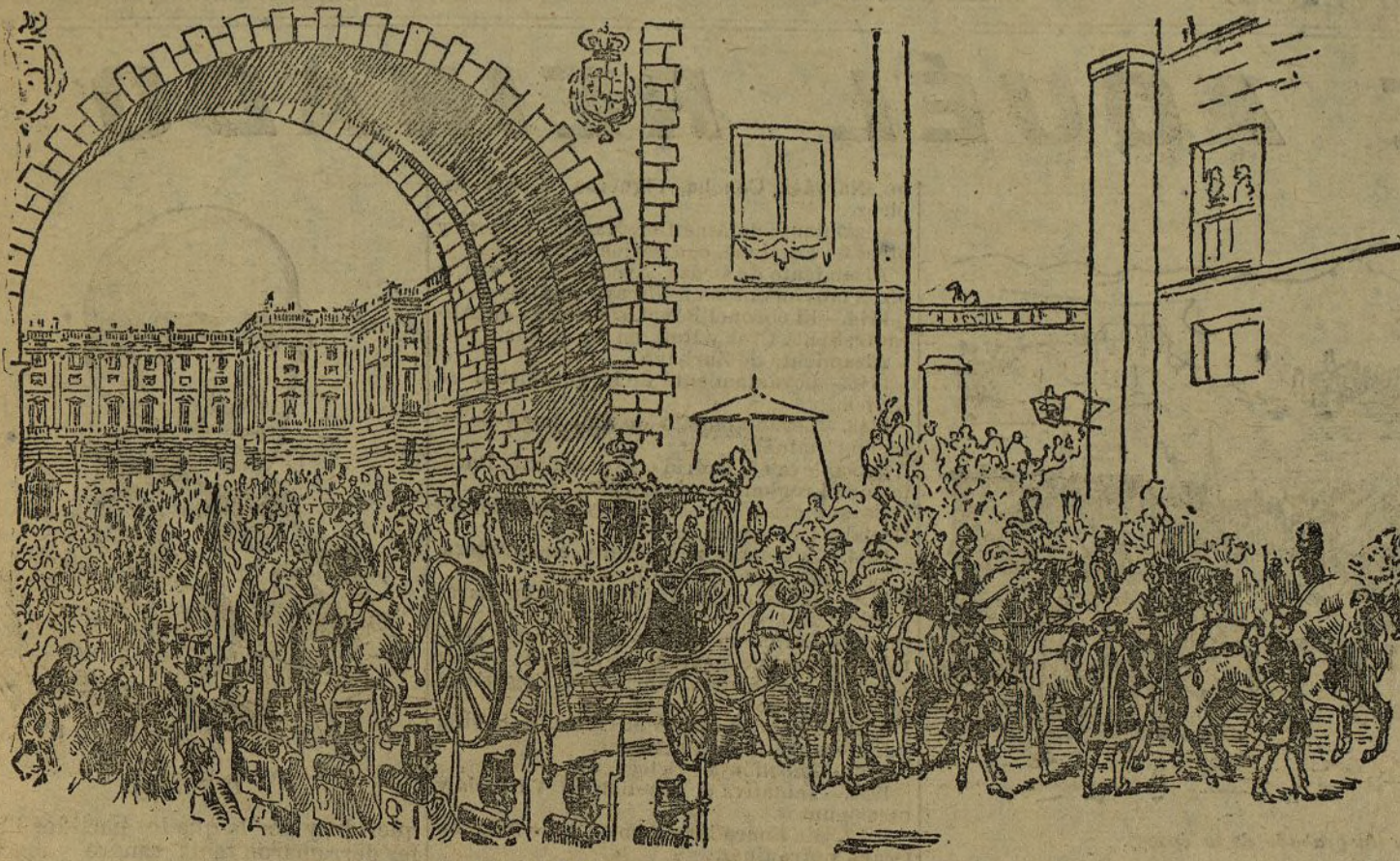
No había en dicha época más medio de locomoción que los carruajes para ir al Real Sitio de San Ildefonso, y aunque con los co-



El Panteón de los Reyes



La tumba de Isabel II en el Panteón de El Escorial



La presentación del príncipe en Atocha el 5 de Enero de 1855.

Los de la Real Casa podían trasladarse 80 ó 100 personas de aquella tan complicada servidumbre, el lector puede figurarse el número de carruajes que serían necesarios para trasladar a todas las familias que rodeaban a la reina, la cual no podía moverse de Madrid sin tener que sufrir la presencia y las atenciones de 600 á 700 personas, entre servidores pagados y *ad honorem*, empleados, capellanes, militares, y hasta mozos de retrete, que eran los casilleros en términos palatinos.

La noticia de la marcha produjo en la colonia veraniega terrible consternación; el medio más espantoso se apoderó de aquellas personas que media hora antes, en los corros de los jardines, eran otros tantos Bayardos capaces de dar por su reina hasta la última gota de su sangre y de tragarse al mundo entero. Las noticias se abultaban, corrían los rumores más estupendos, y había quien encontraba una imprudencia y un crimen de lesa patria en el hecho de que S. M. saliese para Madrid sin llevar una división, porque para el medio de ellas todo era poco.

Lo cierto es que había más de 400 personas que no tenían carruaje, y que todas cogieron en los que pudieron reunirse, y que presas de como sardinas llegaron hasta la Puerta de Hierro del monte de El Pardo, á donde el capitán general salió á recibir á S. M. con una fuerte escolta, participando á la señora que el orden estaba ya restablecido y que podía entrar en Madrid con perfecta tranquilidad. Los tritones de la comitiva se convirtieron bien pronto en aires de triunfadora autoridad: todos se alzaron fuera de los coches para estrechar sus miembros y satisfacer imperiosas necesidades, y cuando poco rato sedó la orden de marchar, el reinado en los coches fué tan imposible, que quedaron más de 200 personas en aquel sitio esperando que de Madrid fuesen á buscarlas.

El fenómeno—decía S. M.—era muy natural y tenía sencilla explicación: aquellas gentes habían visto al capitán general, no tenían nada que temer, habían oído la Marcha Real y se habían hinchado de nuevo...

Figúrense nuestros lectores la fuerza con que respirarían los pulmones de S. M., cuando, al pisar el suelo francés, se vio libre de intervención tan continua, por parte del elemento oficial, en su vida privada, y de las impertinencias de nobles y servidores tan serviles que la hacían la existencia imposible rodeándola continuamente; así es que, una vez en Francia, limitó mucho su servicio haciendo que algunos de los grandes que por allí se hallaban le acompañasen sólo en los actos del servicio ó visitas de etiqueta, reservándose para su servicio íntimo y el de sus hijas á las hermanas doña Cristina y doña Remedios Sorruégui, que más tarde fueron tituladas, en premio de sus buenos servicios y de su lealtad, con los nombres de condesa de Sorruégui y marquesa de los Remedios, respectivamente.

Eran realmente buenísimas personas, incapaces de oír ni de ver nada que pasaba en Palacio, y que en catorce ó diez años de residencia en París sólo aprendieron á decir en francés: *Bon jour, bon soir, oui, monsieur, non, madame*.

La elección no podía ser mejor para la tranquilidad de S. M. Algún tiempo después murió la anciana marquesa de los Remedios, y murió también la de Sorruégui ocupando el puesto de dama particular de la reina regente en Madrid.

EL MARQUÉS DE ALTAVILLA.

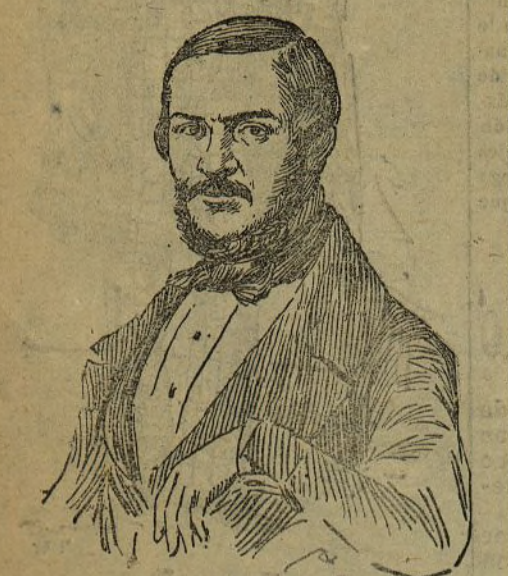
ISABEL II Y LOS TOREROS

Recordarán nuestros lectores, que con motivo de las inundaciones que arrasaron la comarca murciana el año 1879, entre los diferentes festejos organizados con objeto de allegar recursos para las víctimas de ellas, figuraba un festival en el Gran Hipódromo de París.

Constituyó uno de los números el paseo de la cuadrilla en una corrida de toros, y para tal fin fueron á París voluntariamente, y sin retribución de ninguna especie, Lagartijo, el Gordo y Gonzalo Mora, con sus respectivas cuadrillas.

Excusamos decir que el desprecio de éstas llamó poderosamente la atención de los franceses, no acostumbrados por entonces á ver esta clase de espectáculos más que pintados en panderetas y abanicos.

La presencia de los lidiadores que le recordaban su querida España, produjo á su majestad honda emoción, y con verdadero júbilo concedió audiencia para el día siguiente á Gordo y su gente, que manifestaron deseos de ofrecerle sus respetos.



Cabrera 796

Quiso este matador que Lagartijo y Gonzalo Mora le acompañasen; pero el último, acérrimo republicano progresista, que se había batido por la libertad en las barricadas y odiaba cuanto oía á monarquía, se negó rotundamente á ello.

Vieron, pues, solamente á la reina el Gordo y su cuadrilla, y la augusta señora, después de conversar afablemente con todos ellos, regaló una onza de oro á cada uno.

Las cuadrillas de los otros matadores al saberlo, dijeron á sus jefes que no andaban tan sobrados de dinero para desperdiciar la consabida onza, y Lagartijo, por no oír las continuas lamentaciones de los descontentos, trató de convencer al intranqueto Gonzalo Mora.

Casi vencido éste por las súplicas de Lagartijo, consultó el caso con su íntimo amigo jefe Ruiz Zorrilla, por entonces emigrado en París, y D. Manuel, muerto de risa ante los escrúpulos del buen Gonzalo Mora, se los acañilló manifestándole que aquel acto era de corteja á la vez que un deber, por tratarse de la presidenta de la fiesta, á la par que dama española.

No muy convencido del todo, entró al otro día en unión de Lagartijo y sus cuadrillas en el palacio de Castilla.

Se encontraban admirando cuadros y tapices cuando apareció la reina Isabel. Lagartijo se adelantó, dobló una rodilla y besó respetuosamente la mano de la augusta dama.

Analisis. Con gran asombro meo veo que u tuncian cauten con y las personas de un resplandor modesto gubernamentales que dicen cual es un silencio como Regua y como Lavia. Por medio de un sustancia fortitudo de la Piedad, aqueca esta memoria ha limitado ya la polica, la curru y mico enter lueus con los objetos inuicio para que se repudia con un con recuiles pudente fortitudo, repudente para que cuente mupio y un a tumpu la fortitudo, pudente pudente que tumpu con la repudente de mupio

—Buenos días, hijos míos; gracias por haberos acordado de mí—dijo la reina.—Y dirigiéndose á Gonzalo Mora, cuyas ideas conocía, como ásimismo sus escrúpulos de ir á verla, le dice:

—Hola, terrible republicano. Lagartijo, corrido al ver que su compañero permanecía rígido ante S. M., le hace señas de que se arrodilla y la besa la mano.

Gonzalo Mora titubea, y por fin dobla la rodilla, al propio tiempo que Lagartijo le dice:

—Humija y ajosica ahí.

Gonzalo Mora le lanza una terrible mirada, dirige su vista hacia los toreros, que, sonrientes, veían el acto de acatamiento del su matador, pensando ya en la onza que el acto de sumisión de aquel le valía; se encoge de hombros, besa la mano de la reina, y exclama:

—Shorra... otro Maroto.

Se celebraba una corrida en la plaza vieja de Madrid con asistencia de Doña Isabel II en el palco regio, y uno de los espadas que tomaban parte en la fiesta era el gitano Manuel Lavi, que en medio de tener condiciones de buen torero era un clown, que con sus contorsiones ridículas servía muchas tardes de payaso haciendo reír al público.

Salió uno de los toros luciendo una preciosa moña, cosa corriente entonces, y que hoy ha caído completamente en desuso.

El Lavi se dirigió á la fiera, y dando un buen recorte en el capote en el brazo izquierdo, arrancó del morrillo la moña con gran lucimiento, por lo que escuchó una general ovación.

Cuando daba vuelta á la plaza contestando á los aplausos del público, al pasar frente al palco regio creyó que alguien le hacía señas en el sentido de que subiera á regalar á la reina el objeto cuya adquisición producía aquel entusiasmo.

Decididamente atravesó el redondel, saltó la barrera y subió al palco de S. M.

Por la escalera fué el hombre pensando el discurso que haría al entregar el regalo á Doña Isabel, y creyendo haber encontrado la fórmula, llegó sonriente y satisfecho á la puerta del palco regio.

—¿Dan usias su permiso?—dijo.—Y nadie le contestó; pero avanzando resueltamente con la montera en la mano izquierda y la moña en la derecha, entregó á la soberana el obsequio, diciendo con tono solemne: Esta es la primera moña que Vuestra Majestad tiene el honor de recibir de mis manos.

La carcajada fué general, y el Lavi se marchó satisfecho de su talento y elocuencia.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO

PRÓXIMO A PUBLICARSE

por un antiguo partidario de la reina Isabel

COSAS INCREIBLES

Ha de serlo para la mayoría de las gentes que S. M. la reina Doña Isabel II sufrió persecuciones intolerables por parte del Gobierno español y reinando su hijo Don Alfonso XII.

La enormidad de la cosa hace ver desde luego que el rey, joven é inexperto, fué explotado por algunos, y que se le hicieron co-

majestad hiciese el viaje por el Norte, prometiéndole tener expedida la vía férrea, suspender las hostilidades, darle el personalmente escolta y hacer que su ejército le presentase las armas; tan noble oferta no fué admitida, como era natural, por las gentes de Don Alfonso; S. M. regresó á bordo de las famosas fragatas que el 68 se sublevaron en Cádiz; S. M. permaneció un año y medio entre El Escorial y Sevilla, y de allí regresó á París, donde volvió á ser molestado á ratos por los admirables políticos de este país, en donde no tenían nada mejor que hacer que perseguir á la madre augusta del rey á quien de tal modo pretendían honrar...

Y esta no es mi opinión, no; es la del rey mismo, que en carta que á la vista tengo, deploraba haber tomado ese camino por parecerle que sería imposible, sin cierto ridículo, variar de postura.

Y ante tan augusto parecer ninguno más debe emitirse.

HECHOS CURIOSOS

En los actos más oficiales, en todo, se revelaba la falta de consideración y de respeto que hacia la joven reina guardaban los que ejemplo debían dar de lo contrario.

S. M., entre otras muchas cosas que la pluma se resiste á describir, nos contó alguna vez cómo D. Salustiano Olózaga se hizo á su propio caballo tomado de camino por parecerle, príncipe entre los caballeros de nuestro país.

Despachaba como presidente cierto día con S. M. la reina, y encima de aquella mesa había un estuche que contenía el collar del Toisón, devuelto, según costumbre, por la familia de algún personaje que al morir lo poseyera.

—¡Ah! ¡Qué hermosa distinción!—dijo don Salustiano.—¿Se puede ver, señora?

—Sí, hombre, cógelo;—replicó la niña reina.

—¿Y cómo se pone esto?—Así, verás. Y haciendo que Olózaga se inclinase, ella, con una gracia juvenil, le puso el collar. Y levantándose Olózaga, dió las gracias á la reina y puso á la firma el Real decreto.

Estos eran por dentro aquellos puritanos liberales, aquellos patriarcas del liberalismo, que, como ven nuestros lectores, barrián para adentro.

Pero volvamos á los años áquéllos en que hasta para casar á nuestra soberana tuvimos que obedecer como esclavos las indicaciones de Inglaterra, la cual no podría ver con gusto, que al traer al Trono un príncipe serio y un hombre de bragas, España diese un paso hacia su regeneración y se aproximase á otros países en quienes hubiera podido apoyarse.

Casamos á Doña Isabel II con su primo hermano, de quien ella no gustaba como persona, y mucho menos como carácter. Hasta el piquete defecto de su talla pequeña y de su atiplada voz lo hacían personalmente antipático ante ella. Verdad es que en el Real Palacio de Madrid, y salvo muy pocas excepciones, las princesas, damas y azafatas, solían tener (por aquella época) la voz bronca, gorda, varonil, y los príncipes, jefes y gentiles hombres, la tenían atiplada y desagradablemente femenina; no hay más que recordar algunos nombres.



D. Pedro Arenas
Predicador de S. M. la reina

dose en el acto hacia el rey D. Francisco, le hizo un gesto de desprecio horrible, sacándole la lengua... y el hecho quedó impune.

¿Qué extraño que después pasara todo lo que pasó?

La reina Isabel estaba peor que soltera, peor que viuda, y en Palacio luchaban diversas camarillas: D. Francisco de Asís con Meneses, por un lado, y los devotos de S. M. por otro, y luego las gentes políticas que, en su codicia, no reparaban para llegar en medios de todo género.

Mientras el rey consorte aparecía y estaba anulado, pues en su contrato de boda renunció á entender en las cosas del Estado, recibiendo en cambio 150.000 pesetas de renta y servicio de cocina y caballería, los generales de más prestigio se disputaban el Poder, entre ellos Narváez, que era más amante de la institución que de la persona de la reina, y O'Donnell, más amante de la persona que de las instituciones; mientras que el pueblo, salvo contadísimas personas, creía todo lo contrario. Sólo así se explica que O'Donnell mandase seis años seguidos al frente de la Unión liberal, y sólo así se explican las rabietas del coloso Narváez, cuyo talento militar sería discutible, pero cuya bravura no se podía discurrir.

UN RECUERDO

ISABEL II Y "ANTOÑETE"

Antoñete Gálvez... Es una figura legendaria cuyo recuerdo me ha sido evocado por la muerte de la ex reina Isabel, de quien fué amigo durante unos minutos aquel revolucionario empedernido.

¿Quién no recuerda, quién no ha oído hablar de las bravatas de este guerrillero, alma de temple heroico, corazón vaciado en el molde de los grandes aventureros románti-

rinconito del café, soñando románticamente, manteniendo viva la fe entre sus adeptos, predicando la nueva, la próxima, la gloriosa... Este era el hombre.

Había vuelto á su curso normal la vida de la nación después de la epilepsia revolucionaria; Alfonso XII comenzaba su reinado con la pacificación completa de la Península. Había pasado la ola negra del carlismo y habíase desvanecido el fantasma rojo en Levante. Un ferviente deseo de olvidar, un ansia viva de paz fluía de todos los corazones.

La revolución extinta dejó sus huellas bien profundas, su cortejo de lágrimas y dolores en el formaban los emigrados; la reina Isabel en París, y en toda Francia, en Inglaterra, en Orán, en las Repúblicas sudamericanas, los revolucionarios vencidos y deshechos.

Antoñete, que huyó de Cartagena en la *Numanzia* á Orán, anduvo errante por Argelia; después estuvo en París breves días. Allí conoció y habló á Isabel II.

Fué una entrevista en verdad famosa de la del empedernido revolucionario y la reina destronada; yo se la oí referir á él un día, y confieso que desde entonces admiré profundamente á los protagonistas de ella.

Al día siguiente de mi llegada á París—dijo Antoñete,—me hallé en un restaurant con un buen amigo, comandante de infantería española, á quien yo conocí durante la revolución. Él era isabelino, tanto, que nunca estuvo conforme con la abdicación de la reina madre.

Conamos juntos y nos dimos cita para almorzar de igual manera al día siguiente, como así ocurrió.

A los postres, mi amigo me lanzó de repente esta pregunta:—¿Hablarías tú con la reina?—Confieso que no supe que contestarle al pronto; luego le dije:—Si fuera necesario,



Méndez Núñez

¿por qué no?—Pues, podías hablarla, insistir, y solicitar que influyera para tu indulto; sería esto cosa hecha.

Aunque yo deseara volver á España con afán grandísimo, no acepté la proposición, y discutí sobre el asunto salimos del restaurant mi amigo y yo y pasamos largo rato.

Sería el oscurecer, cuando entramos sin objeto ninguno, á lo que yo creí entonces, en una *kermesse* ó fómula de caridad, dejándome llevar por mi amigo que conocía París, en el cual yo estaba como ciego en lugar que desconocía.

La concurrencia era grande y distinguida; muchas mujeres elegantes y hermosas, muchos almirados caballeros y una confusión mareante para mí que nunca anduve en reuniones ni fiestas aristocráticas.

Por cortesía no indiqué á mi amigo que de seaba marcharme. En uno de los varios salones estuvimos admirando un hermoso cuadro y unas marinas allí expuestas... Entonces conocí á Isabel II.

—La reina!—exclamó con cierta emoción mi amigo.—Volví la cabeza; allí estaba, á pocos pasos de nosotros, Doña Isabel, vestida de negro, sonriendo afable, acompañada por varias damas y algunos caballeros.

Nos descombrimos respetuosamente; no le de negar que hubiera querido no encontrarle en aquel sitio; yo estaba confuso, azorado... Sentí un profundo respeto, una honda simpatía hacia aquella señora, á la de los tristes destinos, á cuyo destronamiento yo contribuyera con alma y vida. Era gallarda, espoladamente gallarda, y afectuosa en extremo, sin cortesanías ni disimulos.

Doña Isabel llamó familiarmente á mi amigo, con quien, después de besarle la mano que ella le tendía, habló brevemente sonriendo y mirándole con mal fingido disgusto.

Después... Yo no recuerdo cómo fué la presentación ni sé cuáles fueron mis palabras. Yo he jugado mi vida cien veces con venenosa probabilidad para perderla, y no estubo nunca tan desatinado como entonces.

Me preguntó si deseara volver á España; le contesté que sí, y mi amigo dijo, sonriendo:—¿Volverá pronto?—Volverá—contestó Doña Isabel.

Cuando sentados ante la mesa de un café recordaba yo á mi amigo por aquella celda que él me preparó, le dije:—¿Dí á la reina que si volvió á España es para sublevar un regimiento.

Antoñete hizo una larga pausa; sus grandes ojos parecían absortados en la contemplación de un ensueño.

—Y, ¿fué usted indultado?—preguntó uno de los que le oían.

—Sí—respondió—contra la voluntad de Cánovas, como más tarde me lo confirmó él. Mi amigo repitió á Doña Isabel mis palabras, y ella puso entonces todo su empeño en lograr mi indulto... Pero yo cumplí lo prometido, y al mes de estar en España tuve que huir de nuevo.

Yo creí adhirir en la mirada de aquel héroe rebelde, enardecido de un ensueño audaz, las hondas y dolorosas tristezas del vencido sin combate.

JOSÉ MARTÍNEZ ALBACETE

TEXTO DE LA CARTA

Molins: Con gran asombro meo veo que se toman contra mí y las personas de mi servidumbre medidas gubernativas que dicen mal de mi decoro, como Reina y como Señora.

Por medio de mi Secretario particular, D. Ramiro de la Puente, á quien esta mañana ha buscado ya la policía, te escribo y envío estas líneas con dos objetos: primero, para que se presente á tí, en mi nombre, pidiendo protección; segundo, para que conste siempre que á tiempo le protestado, haciéndote presente que tuya será la responsabilidad de cuanto de este suceso pueda surgir, que seguramente ha de ser grave, porque la que digo de Puente lo digo de todas las personas de mi servidumbre y amigos de mi casa, á quienes sigue vergonzosamente, como á mí, la policía por todas partes.

Espero tu resolución para tomar la mía. Tu afectuosa,

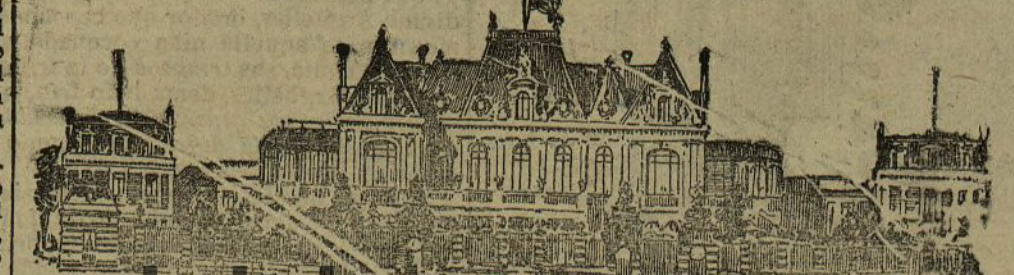
ISABEL DE BORBÓN.

Paris 13 de Diciembre de 1877.

*Este es un mundo...
E. la de un gran, porque la que...
Recuerdo la de la de la...
en un mundo y...
aquellas...
La policía...
Y pero la...
La...
Paris 18 de Diciembre de 1877*

cos, almir toda fe, toda rebeldía, toda ensueño? Tengo de él una honda huella en mis recuerdos de niño. Todos los días al salir del Instituto, en Murcia, pasábamos algunos estantes por el café del Sol, y al pasar volábamos la cabeza y contemplábamos, con mezcla de admiración y cariño, á Antoñete, que, sentado en un corro de amigos, pasaba las horas predicando siempre la nueva revolución inmediata y triunfante.

Desde su mocedad no dejó de conspirar; idealista y hombre de acción, su vida fué un tejido de ensueños quijotescos y realidades trágicas. El insurrección batallones, organizados verdaderos ejércitos, proclamó la cantonal, sublevó á Cartagena, declaró la guerra á Alemania, se batió cien veces como un héroe, fué perseguido, emigrado, sentenciado á muerte... y luego, cuando Cánovas, su gran amigo, convencido de que aquel León del Miravete, viejo y enfermo, no constituía una amenaza para la paz del Estado lo indultó, Antoñete vivía en su pequeño huerto y en el



El palacio de Castilla

LOS HOMBRES DE AQUÉL REINADO



Narváez

Henos aquí, á pocos pasos del siglo XIX, mirando hacia atrás, contemplando esa extraña farándula de reyes destronados; contrabandistas convertidos en guerrilleros; guerrilleros exaltados á generales; generales sentándose en el trono ó regálándolo á extranjeros; conquistadores y vencedores todavía; apacibles industriales que conspiran; oradores que arrastran con el señuelo de su palabra á las multitudes; multitudes que alzan barricadas; frailes que pelean; villanos que se ennoblecen; nobles envilecidos; plumas que hieren como espadas; validos; camarillas; deportados; expatriados; casacas ministeriales en presidio; motines; sediciones; fusilamientos; perjuros; y todo ello sobre un tapiz de sangre, sangre en las escaleras de Palacio, en las calles, en los campos, en los montes, en África y en Cuba; sangre negra y sangre roja verídica, como si la raza atesorara raudales, en nombre de Dios, en nombre del absolutismo ó de la Constitución, de Carlos ó de Isabel, de Espartero ó María Cristina, del moderantismo ó del progresismo, de la patria ó de la libertad...

Todo esto fué ayer y parece pertenecer, sin embargo, á un pasado remoto. Sobre hombres y sucesos se extienden nieblas de lejanía. La muerte va lentamente llevándose estas generaciones inquietas y crédulas, y aún quedan entre nosotros quienes recibieron credenciales de manos de la reina gobernadora y quienes vieron á Concha y á León en la puerta del Príncipe, á Espartero en Luchana, á O'Donnell en Tetuán, á Prim en Castillejos, á Novallich en Alcolea, á Montpensier frente á Don Enrique, á González Brabo salir de la redacción del *Guirguay* para entrar en la Presidencia, á Narváez en Torrejón de Ardoz, al rey Francisco en El Pardo, á sor Patrocinio en la alcoba real, á Manzanedo en auge, á Salamanca tirando millones, á Sartorius en Gober-

cerón, y hablará de una España nueva, enteramente nueva.

Nos hemos hecho prudentes, nos hemos hecho cautos y temerosos; más apacibles y resignados, más hombres de orden y de ley; la fe duerme dulce sopor en todos los corazones; no hay odios políticos que dividan los pueblos y las familias; no hay camarillas donde se urdan tramas contra el pueblo; no hay logias donde se conspire contra los reyes; no hay riesgos donde los guerrilleros conquisten los fajines de seda; no hay manos que alcen barricadas, ni manos que arrastren en afrentosa estera el cuerpo de Riego, ni timoneles que guíen el barquichuelo de generales comprometidos, ni sargentos que se subleven, ni quien fusile á la madre de Cabrera ni á los parientes de Zurbano. Todo pasó. La nación es otra, y otro el pueblo. Ya este viejo solar no da los grandes caracteres, los pueblos crédulos; lo que hemos ganado en prudencia y compostura lo hemos perdido de fe en las ideas, de firmeza en las voluntades, de espontaneidad en el sacrificio, de candor en las pasiones, de menosprecio de la vida, de temeridad, de orgullo y de soberbia. Si no fuera mezquino oficio el de hacer frases, yo ha-



El general León

ría una para explicar este fenómeno: es que nos han urbanizado el alma.

Y es que el siglo XIX, y especialmente el reinado de Isabel II, fué para España el siglo de la indisciplina, el siglo de la rebeldía, como lo fué el siglo XVI para Alemania, Inglaterra y Suiza, como lo fué el XVIII para Francia. Se concibe así el desbordamiento de tantas energías acumuladas en el alma de la raza, y estas energías no hallaron un grande y amplio ideal que defender y elevar; un ideal español que nos hubiera hecho entrar en la edad contemporánea con realidades de grandeza y poderío. Desde que Escofquizar urde la repugnante trama de El Escorial, se lucha por cosas nimias, por empresas ruines y fragmentarias, y da pena, una pena inmensa, ver estos brazos fuertes, estos ánimos esforzados de Espoz y Mina, de Torrijos, de Espartero, de Zumalacarre-gui, de Zurbano, de Cabrera, correr como Quijotes enloquecidos contra las aspas de

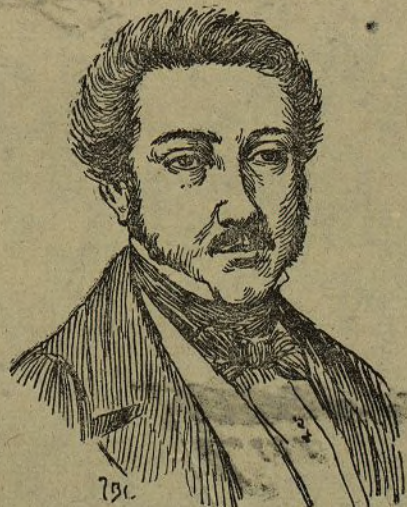


El cardenal Antonelli

nación, y quienes oyeron á Olózaga y Joaquín María López, á Alcalá Galiano y Ríos Rosas...

A pesar de esta presencia de restos del ayer, tal farándula no tiene con nosotros relación de continuidad ni trabazón alguna, como si al fracasar la última revolución, que sus forjadores llamaron gloriosa y hoy parece insignificante, si no mezquina, el alma española hubiese recibido un hazazo cerenador que la amputara y desmembrara del pasado.

No hay nada en nuestro tiempo que sea de aquel tiempo, ni siquiera consanguinidad de nuestro pueblo con aquel pueblo. La Historia, al llegar aquí, no se sentirá continuada, como Cánovas quería, ni interrumpida siquiera, sino rota, acabada á



Joaquín María López

los molinos que voltean en las llanuras de Montiel.

Grandes territorios, pueblos, ciudades y riquezas perdidos en los Países Bajos, en Italia, en América y en Oceanía; pero ningún quebranto comparable á este de la raza, que llega extenuada é indiferente á ser pasto de todas las codicias en las próximas luchas del siglo XX.

No hay irreverencia en hablar así ante el cadáver de esta reina sin ventura, que pudo tener un trono setenta años y vió acabar su juventud y transcurrir su vejez en la expatriación. Acaso sea ella la menos culpable de tantas desdichas.

De aquella alianza entre el altar y el trono, que preconizara el padre Vélez en su *Apología*, recibió Isabel II una corona en litigio y una nación en guerra. Niña aún, ve á su madre caer en extraños amores y se siente rodeada de una caterva femenina que le tolera todos los caprichos á cambio de dejarse adiestrar en toda suerte de sortilegas devociones.

¿Qué hombres la rodean? Argüelles, el divino Argüelles, orador que buscaba re-mozar ante aquella niña coronada, que no le entendía, sus triunfos de la tribuna gaditana; Argüelles, demasiado frío, am-puloso, asientista general de obstáculos y gran arbitrista de dificultades, como le llama un libelo de la época.

Martínez de la Rosa, poeta, demasiado ligero y superficial, enamorado de sí mismo, débil, transigente y contemporizador; Mendizábal, calculador; el conde de Torneo, tocado ya de retrocesos conser-



El abrazo de Vergara. (De un grabado de la época).

vadores; Alcalá Galiano, gran compo-ñedor de párrafos rimbombantes; Espartero, Rodil y San Miguel, pagados de sus uniformes, rígidos y ordenancistas; Joaquín María López, orgulloso y soberbio, queriendo hacer y haciendo revoluciones con sus discursos; Narváez, el ministro bonito; Cortina, poseído de todas las meticulosidades de los casuistas del derecho; Serrano, que guarda siempre el rencor de su primer ministerio de diez días; Olózaga, afrentado á los nueve días; González Brabo, ensoberbecido por su encumbramiento, cínico é insaciable; Burgos, codicioso y fatuo, y tantos otros, siervos de la camarilla ó llevados por la camarilla al real despacho para afrentarlos.

Entretanto, la niña, y la joven luego, presencia el concierto de desatadas codicias que crea las grandes fortunas de Manzanedo, de Salamanca, de D. Javier Burgos, y no oye consejo que no siembre en su alma algún recelo, y recibe noticias de su madre por las balas de los soldados que León y Concha sublevan, y noticias de su tío por las balas y teas incendiarias de las huestes absolutistas. A su lado no hay nadie de corazón sano; todos intrigan, todos conspiran, todos adulan en presencia y deshonran ausentes; todos tienen las manos extendidas para recibir las mercedes, los honores y el dinero, y todos, consciente ó inconscientemente, son vengadores de los que padecieron bajo Fernando VII, que había hecho irrespirable el aire del Palacio Real.

Y cuando llegó la hora de matrimoniar á esta garrida muchacha, que se ofrecía

unos por la ambición, desechados otros por las persecuciones de 1814 y de 1821, amargados en la emigración ó en el presidio, recelosos de no haber osado destronar á Fernando VII, maestros en la hipocresía de ocultar su jansenismo y enciclopedismo con fingido catolicismo en los labios? ¿Aquel pueblo, dócil y crédulo y fanatizado, engañado por las más contrapuestas ideas, liberal un día y moderado otro?

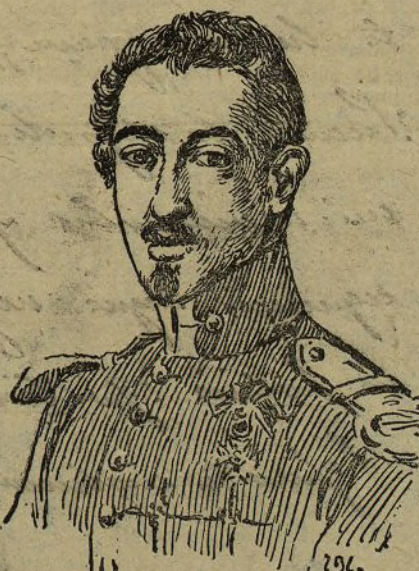
Todos culpables, y día llegará, próximo acaso, en que plumas misericordiosas y humanas, estudiando esta alborotada época, arranquen de la memoria de Isabel II aquella tacha afrentosa que sirvió de pretexto á la revolución en Cádiz y Alcolea.

Porque siendo reina de un gran pueblo y habiendo estado rodeada de grandes hombres, no halló su pubertad espléndida una mano de hombre generosa, que la iniciara rectamente en los senderos de la vida.

DIONISIO PÉREZ

GOBIERNOS DEL REINADO

Desde 1834 hasta 1868, fecha del destronamiento de Doña Isabel, ésta tuvo Gobiernos presididos por Martínez de la Rosa, conde de Toreno, Álvarez Mendizábal, Istúriz (dos veces), Calatrava, Bardají y Azara, conde de Oñate, duque de Frias, Pérez de Castro, González (dos veces), Ferraz, Corcuera, Sancho, Espartero, Ferrer, marqués de Rodil, López (D. Joaquín María, dos veces), Gómez Becerra, Olózaga, González Brabo (dos veces), Narváez (siete veces), marqués de Miraflores, duque de Sotomayor, Pacheco, García Goyena,



Conde de Cheste



El general Concha

conde de Cleonard, Bravo Murillo, Roncalli, Lersundi, Sartorius, Fernández de Córdoba, duque de Rivas, O'Donnell (cuatro veces), Armero, Arrazola y Mon.

SUBLEVACIONES Y ALZAMIENTOS

1834.—Inaugura D. Santos Ladrón la rebelión carlista.

Se sublevan Moreno, Eguía, Jáuregui, Urbistondo y Zumalacarre-gui, levantando la bandera carlista.

1835.—Se sublevan D. Cayetano Cordero y D. Marcelino Rueda, ayudando y abanderando del batallón segundo de Ligeros de Aragón con el cual ocupan la Casa de Correos, y con los cuales tuvo que capitular el Gobierno, después de haber muerto el capitán general de Madrid, Canteras, al intimar la rendición á los sublevados.

1835.—Insurrección en el ejército del Norte.

1835.—Insurrección en 12 de Agosto de la Guardia Real, de guarnición en La Granja.

Rebelión del segundo regimiento de la Guardia en Madrid.

1836.—Intenta Narváez sublevarse en Sevilla, y tiene que emigrar al extranjero.

1840.—El ejército secunda el pronunciamiento de Madrid.

1841.—Se sublevan Concha, O'Donnell, León y Borsó di Carminati, en Pamplona, Zaragoza y Madrid.

1843.—Alzamiento de Prim, Ortega, Serra-

no, Narváez, Concha, Figueras, Sera y Azpiroz.

Alzamiento de Ametller, Martell, Belloza y otros en Cataluña, con varios batallones.

Alzamiento de Ordaz Aveilla en León, y otros movimientos en Vizcaya y Zaragoza.

1844.—El coronel Bonet, se subleva en Alicante; Santa Cruz y Ruiz, en Cartagena.

Alzamiento de Zurbano.

1846.—Levantamiento de la guarnición de Galicia.

1848.—Levantamiento de Ametller y Belloza, en Cataluña.

Se subleva en Madrid el comandante Bucea con el regimiento de España.

Se sublevan en Sevilla los comandantes Portal y Gutiérrez.

1854.—Sublevación de Hore, en Zaragoza.

Levantamiento de O'Donnell.

1855.—Insurrección de Corrales, en Zaragoza.

1856.—Levantamiento de Ruiz contra O'Donnell, del capitán general de Galicia, del de Zaragoza, del general Gurrea en Logroño y de otros puntos.

1859.—Descubrimiento en Alicante, Sevilla y Olivenza, de conspiraciones.

1860.—Rebelión de Ortega.

1866.—Tentativa de rebelión en Valencia y otros puntos.

En 1.º de Enero levantamiento de Prim en Ocaña y Aranjuez.

1866.—Insurrección de la artillería en 22 de Junio.



Zumalacarre-gui

1867.—Levantamiento en Aragón y Cataluña.

1868.—Alzamiento en Cádiz.

MUJER Y REINA

Paris 13. Aún resuena en mis oídos el fúnebre vibrar de las charangas que acabán de despedir en la estación el cadáver de Isabel II. Mañana el cuerpo de la pobre reina llegará á la frontera de su país, de ese país que abandonó agobiada por los infortunios. Ella, al salir de España, era una hermosa mujer en plena vida; y ahora, al retornar á su reino, es el cadáver de una bondadosa y caritativa dama que ha muerto. Cuando esta tarde en la estación de Orleans presenciaba el póstumo homenaje á la desventurada reina; cuando los rituales ceremoniosos tenían lugar ante su féretro y el letal planifir de sus músicas despedían á la muerte, yo me he fijado en un grupo austero y silencioso que sin vanas ostentaciones miraba entristecido el fu-



O'Donnell

querida, y por la que los partidos liberales derramaron tanta sangre y padecieron tantas privaciones y martirios, un homenaje en el que, guardando los respetos que la muerte impone, hacemos acatamiento á la verdad histórica y á nuestra propia independencia de juicio.

Encierra el reinado de Isabel II grandes enseñanzas, que quisieramos ver recogidas y aprovechadas por cuantos laboran en la política é influyen en los destinos de este pueblo.

Esta mañana ha quedado el cadáver de la reina depositado en El Escorial. No hay para los reyes sino un paréntesis de olvido. Bien pronto los historiadores desentrañarán la figura moral de la hija de Fernando VII y juzgarán sus hechos.

En la amplia nave del sombrío Monasterio han resonado esta mañana las plegarias religiosas, y serán muchas las oraciones que eleven al cielo, cuantos de esta reina dádiosa recibieron honores, mercedes y socorros, prodigados en las horas alegres y en las tristes sin tasa ni regateos.

La etiqueta cortesana ha cumplido ante la reina sus últimas ceremonias. Si el cortejo fúnebre hubiese desfilado por las calles de Madrid, el pueblo, que tanto la quiso y que en tantas ocasiones se sintió encarnado en ella, hubiera probado bien claramente sus sentimientos generosos.

EN PARÍS

Una verdadera complicación ha sido para el embajador de España en Francia, para el marqués de Novallas y para el personal de la embajada, el reparto de invitaciones para poder penetrar en la estación de Quai d'Orsay y despedir solemnemente los restos de Doña Isabel II.

Se han visto verdaderamente asediados por millares de peticiones.

Montones de cartas había en la mesa del embajador, y á la puerta de la Embajada no cesaban de llegar en coches y automóviles



Arana

las más encopetadas damas y los más ilustres caballeros.

Esto demuestra el interés general por rendir el último tributo á la no muy afortunada reina, Doña Isabel II.

Las invitaciones, extendidas en papel enlutado, dicen así:

«El embajador de España ruega á usted se sirva asistir á la estación de Quai d'Orsay é miércoles 13 de Abril de 1904, á las dos y media en punto de la tarde, para asistir á los honores que han de rendirse á los restos mortales de SU MAJESTAD LA REINA ISABEL II DE ESPAÑA.

Esta carta servirá de papeleta de entrada á la estación.»

Es seguro que el reparto de estas invitaciones habrá producido al marqués del Muni muchos disgustos, algunos mayores que los que pueda proporcionar el más complicado asunto diplomático.



Novaliches

neral cortejo. Yo los veía... Allí estaban. Eran sus pobres, los pobres que, dádivos, socorrió la reina. No faltaba uno; todos estaban allí.

Nosotros, junto al vagón que conduce al cadáver, despedíamos á la infortunada reina; ellos, sus pobres, sus protegidos, desde la pasarela de la estación despedían llorosos al ángel que mitigó sus amarguras. Ellos no daban su adiós á la que representó la realce; ellos daban su adiós á la que representó la caridad. Ya va camino de su patria el cuerpo de Isabel II. Aun después de muerte, sus enemigos no perdonarán los errores de aquella niña. Ellos, probablemente, no recibirán al regio cadáver con frases de perdón; ellos llegarán á ensañarse ante el cadáver de la mujer desventurada. Pero aún le quedan homenajes españoles á Isabel II; homenajes como los que ese grupo austero y silencioso de la estación de Orleans le ha prodigado. Y en Madrid hay un puñado de españoles que también debe prodigar al cadáver los mismos homenajes por lo mucho que les ha favorecido. Mañana llega á su país la pobre reina; el ángel de la caridad que sabores toda suerte de amarguras...

BENIGNO VARELA.

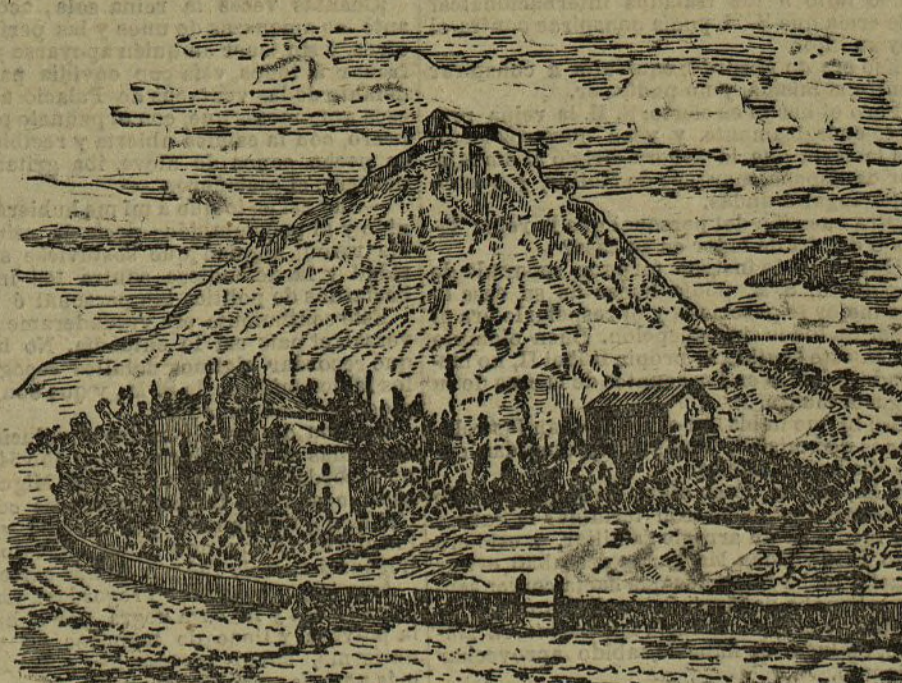
CAMINO DEL SEPULCRO

Tocan á su término los momentos de triste actualidad con que la muerte trae el cuerpo de Isabel II á la nación en que reinara y evoca en los españoles las memorias de su reinado.

DIARIO UNIVERSAL ha querido esperar esta última hora para dedicar á la reina destronada, que fué un día tan popular y



Manzanedo



Vergara.—Vista del lugar del convento

Ayuntamiento de Madrid

HONORES EN SAN SEBASTIÁN

San Sebastián 14. A la hora señalada, 12.34, llegó a esta estación el tren que conducía los restos de Doña Isabel II.

Había en la misma un inmenso gentío, como el que figuraba muchísimas señoras. La pasarela de la lancha y ambos andenes estaban por completo repletos de gente.

Acudieron todas las autoridades locales, los concejales, diputados, comisiones oficiales y particulares, jefes y oficiales de todos los cuerpos de la guarnición, oficiales de la armada, el clero parroquial con cruz alzada con el arzobispo de la cabeza e infinidad de personalidades.

Una compañía de artillería, con bandera y banda de tambores y cornetas, tributo al cadáver los honores de ordenanza.

Se hallaban también en la estación los señores generales Sres. Calleja y Bruzón.

Al entrar el tren en aguias, los tambores y cornetas tocaron la Marcha Real.

El príncipe de Asturias descendió del tren, recibiendo el pésame del elemento oficial.

El tren lo componen dos furgones con equipajes a la cabeza, el coche-fúnebre fúnebre enganchado al de cabeza y cinco coches-cama.

El fúnebre fue pintado de negro y sostenido por cuatro varillas. En las puertas hay caladuras negras, pintadas y el interior está revestido de paños negros.

Al fúnebre va en el centro del vagón cubierto con la bandera española, entre cuatro blandones, dándole guardia los alaraberos. El clero rezó un responso y el tren se detuvo seis minutos.

Delante del fúnebre, y a ambos lados, se iba agrupando un enorme gentío, que se desordenaba con respeto.

Al arrancar el tren, los tambores y trompetas, con la banda municipal, que también estaba en la estación, tocaron la Marcha Real.

El capitán general Sr. Zappino viene en el tren desde Irún.—Gálvez.

DESDE VITORIA

Vitoria 14. Llegó a la hora marcada el tren real, que se detuvo en esta estación diez y seis minutos.

Todas las autoridades civiles y militares esperaban en la estación, así como el clero parroquial y el cabildo catedral.

Se cantó un responso, y el príncipe de Asturias conversó un rato con el coronel Cirujeda.

Un piquete del regimiento de Guipúzcoa con bandera y música hizo los honores correspondientes.

A la estación acudió un gentío inmenso, que se descubrió respetuosamente al partir el tren de la estación.—P.

EN EL ESCORIAL

La mañana es triste y fría y llueve de un modo torrencial; pero, no obstante lo desahogado del día, desde muy temprano notase por todas partes una animación extraordinaria, debida a que de los pueblos limítrofes ha acudido inmenso gentío.

La triste curiosidad de las gentes aumenta a medida que se acerca la hora de presenciar el fúnebre acto. Todas se disputan un sitio de preferencia para ver el paso del cortejo y para dar un respetuoso tributo a la augusta señora que en vida fue tan popular y tan amada.

La resignación de las gentes es tal y su deseo de presenciar el entierro tan grande, que aunque llueve mucho, todas soportan a pie firme el aguacero.

En la estación

Media hora antes de la señalada para la llegada del fúnebre convoy, en la estación y sus alrededores había un público numeroso.

Una compañía del regimiento de infantería de Isabel II con bandera y música, forma en línea en los andenes para rendir los honores de ordenanza.

A las siete y diez llegó de Madrid el tren especial, conduciendo al personal palatino y las comisiones oficiales designadas.

Formando parte de estas comisiones vinimos a los siguientes grandes de España: duques de Béjar, Baena, Alagá, Tamames, Zaragoza, Tetuán, Osuna, Almenara Alta, Santo Mauro, Balén, Granada, Luna, Sessa, Almodóvar del Río, Hornachuelos y Sexto; marqueses de Heredia Spínola, de Castro Monto, Bendaña, Pezuela, Ayrore, Santa Cristina, Alguibia, Torrecilla, Cervantes y Velasco; condes de Torrejón, Aguilar del Campo, San Román, Valmaseda, Aguilar de Hinestrillas y Revillaigigedo.

Además vimos también a una numerosa comisión de caballeros de las cuatro Ordenes militares.

La carrera

A pesar de la incesante lluvia que caía y del gran barrial que por todas partes se había formado, la carrera desde la estación hasta el monasterio de El Escorial estaba abierta por fuerzas de infantería, carabineros jóvenes y alumnos de la Escuela de Ingenieros de Montes y Colegios de Alfonso XIII y María Cristina.

Llegada del cadáver

A las siete y cuarenta y cinco, según se había anunciado, entró en aguias el tren que conducía los restos mortales de la infortunada ex soberana de España Doña Isabel II.

Al llegar la música, mencionada en el reglamento tocó la Marcha Real, presentando las armas las fuerzas del ejército.

Acto seguido los monjes de Espinosa descendieron a hombros el fúnebre que aparecía envuelto en una bandera nacional, siendo depositado en una estufa negra que estaba preparada, de la cual tiraban ocho sobrios caballos, también negros, y con parámetros de luto.

El obispo de León, revestido de pontifical y auxiliado por el clero de la Real Capilla y el de la parroquia de El Escorial de Abajo, entonó un solemne responso, organizándose inmediatamente la comitiva, emprendiendo la marcha por la carretera, hacia que de acoyó al Monasterio de los acordes de la música y de los clarines, comenzando las dos secciones de artillería a disparar los cañonazos de ordenanza con pequeños intervalos.

La comitiva

El orden de la comitiva era el siguiente: Abrieron la marcha cuatro batidores de la Escorta Real. Después, formando dos filas, iban los guardas del Real Patrimonio, empujados de caballerías, porteros y ordenanzas y demás personal de la Real Casa, entre los que desfilaban antiguos y fieles servidores de la ilustre finada.

Después el clero de Escorial de Abajo con cruz alzada, seguido de los gentiles hombres de casa y boca, mayordomos de semana, gentiles hombres, grandes de España, y a continuación el coche-estufa conduciendo el cadáver.

Inmediatamente detrás iba la presidencia del duelo, que lo formaban:

El príncipe de Asturias con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

El príncipe de Asturias, con uniforme de general de brigada, banda y collar de Carlos III, en representación del rey; el infante Don Alfonso de Orleans, en representación de su madre; el marqués de la Mina; el duque de Sexto, representando a la infanta doña Paz; el Sr. Coello, a la infanta doña Isabel; M. Dupuy, a la condesa de París; Isabel M. Dupuy, como notario mayor del reino; el conde de Peñalva, como capitán general de Madrid; el Sr. Díaz Morry, en sustitución del gobernador de Madrid, y numerosas comisiones de las diferentes Armas, Cuerpos e Institutos del ejército, de los que recordamos a los generales Bascarán, Capdepón y Ordoñez, y gran número de jefes y oficiales.

También hemos visto en el fúnebre cortejo al hijo del conde de Parcent, jefe de la casa de Doña Isabel.

Detrás iba una sección de la Escorta Real, al mando de un oficial, varios palafreiros y correo. Coche de respeto de los llamados de París, de media gala, y, por último, fuerzas de infantería y un escuadrón de husares.

La comitiva, a pesar de la lluvia que caía, subió muy lentamente la cuesta, y al llegar a la rotonda que existe en la mitad de la cuesta, término de la jurisdicción del clero de Escorial de Abajo, éste dió por terminada su misión, haciendo entrega al clero de Escorial de Arriba que allí aguardaba.

Pequeño incidente

Con tal motivo, entre la jurisdicción eclesiástica ordinaria y la palatina surgió un pequeño incidente sobre cuál de los dos cleros era el llamado a ocupar el puesto de preferencia, incidente que fué solucionado en el acto por el obispo de León, no experimentando el cortejo retraso alguno.

Sigue el desfile

El trayecto recorrido por la comitiva fué el del jardín del Príncipe, cuesta de los Canapés, y por el paseo del centro del campo de la Parada, subió a la Lonja, entrando en el claustro de San Lorenzo por la puerta principal.

Al fúnebre de la comitiva, que era severo y triste, y en el que se ostentaba la corona real de España, la gente, emocionada, se descubría respetuosamente.

A las ocho y media llegó el cadáver a las puertas del monasterio y por delante de él desfilaron las tropas por el orden siguiente: Primero, cuatro batidores del cuerpo de Carabineros; segundo, el batallón de Isabel II; tercero, la artillería, y, por último, el escuadrón de husares de la Princesa, a los acordes de la Marcha Real y al son de los cañonazos que las baterías disparaban desde el jardín denominado de los Álamos.

Terminado el desfile de las tropas, los monjes de Espinosa Sres. Pereda, López, Marina y Arroyo, bajaron del coche-estufa los restos mortales de la reina, que se depositaron en el Pálio de los Reyes sobre una mesa, a cuyo alrededor se veía la comunidad entera de los agustinos con su prior al frente, padre Manuel Cámara.

A las puertas del Monasterio

Después de cantarse otro responso con toda solemnidad por los sacerdotes de la Capilla Real, el superior de los monjes se hizo cargo del cadáver, dándose antes lectura en alta voz de la carta Real orden que del regío Alcazar se le había enviado para que se hiciera cargo del cadáver de Doña Isabel.

Cumplido este requisito, el cadáver y el brillante séquito que lo acompañaba penetró en el gran monasterio de San Lorenzo, cuya entrada maravilla arquitectónica.

Sus amplias galerías, hoy casi desiertas, y sus grandes bóvedas fabricadas por Herrera y pintadas por Jordán, conservan y conservarán a través de los tiempos un tinte marcadamente trágico y misterioso, que hoy más que nunca estaba en su verdadero carácter al recibir los augustos restos de la reina.

En la iglesia

Un modesto y sencillo túmulo había sido colocado en el centro de la iglesia, y mientras los monjes, con acento conmovido, evocaban al cielo las plegarias que el ritual señala para estos casos, el cuerpo de la soberana fué colocado al pie del túmulo que aparecía cubierto con el paño de reinos, entre seis blandones colocados en magníficos cacheros de bronce, llenándose a continuación el sagrado recinto del personal de la comitiva y del vespertino de Real Sitio.

El coro de la comunidad agustina cantó la misa de *corpore insulto*, auxiliado por dos padres del Monasterio.

La misa iba al canto gregoriano, los salmos de canto llano, y el invitador pertenecía al siglo XVI, original del reputado maestro Cristóbal Morales.

Terminado el oficio de difuntos y la misa, las salvas de artillería no cesaron de atronar el espacio, como enviando el último adiós a Doña Isabel.

Terminado el santo sacrificio, que fué, por cierto, muy breve, se procedió a bajar el cadáver al pútridero.

Una vez allí, se entonó de nuevo otro responso, y, abierta la ventanilla del fúnebre, el padre Cámara contempló el rostro de Doña Isabel.

Un velo negro del hábito franciscano cubría la frente y la barba de la reina, dejando ver tan sólo una pequeña parte del rostro, que conserva, a pesar de hallarse algo desfigurado, una dulce y melancólica expresión, descañando sobre el pecho un crucifijo de marfil, y en las manos se veía una cruz de ébano.

Los restos de la reina están contenidos en una preciosa caja de raíz de encina y lleva seis asas de plata.

Esta caja se encuentra encerrada dentro de otra de cine, y está dentro de una de caoba labrada.

El padre Cámara, para cerciorarse y hacerse cargo en definitiva del cadáver, formuló la siguiente pregunta a los monjes de Espinosa:—

—¿Juráis que este es el cadáver de la reina Doña Isabel, cuya custodia os ha sido confiada?

—Sí, juramos—contestaron los fieles guardianes.

Entonces el ministro de Gracia y Justicia mandó extender la correspondiente partida, de la cual dió fe como notario mayor del reino, procediéndose a la definitiva entrega al prior de los monjes del fúnebre, acto y llave de la caja.

El padre Cámara dispuso, a presencia de todos, se tapara la abertura practicada en el pútridero para dar paso al cadáver; y el príncipe de Asturias, 6 infante Don Alfonso, en un cuarto inmediato, recibieron y despedieron a las comisiones oficiales nombradas para tan triste acto.

La reina Doña Isabel descansará ya para siempre en el panteón de sus ilustres antepasados.

El fúnebre tributo oficial rendido a su memoria fué sencillo, rápido, y en honor a la verdad no ha revestido la esplendidez y la importancia que debiera, y a la que indudablemente se hizo acreedora, no tan sólo durante su reinado, sino que también en su prolongado destierro.

En su tumba se encierra uno de los períodos más accidentados y discutidos de nuestra historia contemporánea.

Hoy sólo debe quedar, entre amigos y adversarios, el recuerdo vivo y perenne de la que en su día fuera el ídolo de las muchedumbres, y que, no obstante su destronamiento y destierro, jamás ha sido impopular en España.

Ante el espectáculo de destrucción y muerte, meditados en lo efímero de las grandezas mundanas.

Donativo

El príncipe de Asturias dispuso que parte de la Real Casa una peseta a los soldados que tomaron parte en la triste ceremonia de esta mañana.

De regreso

Terminado el entierro y funeral, que muy rápido, se disolvió la comitiva, tomando asiento en el mismo tren especial que la condujera al Escorial.

A las doce menos veinte emprendimos toda la marcha para Madrid, a donde llegamos a una menos cuarto.

El príncipe de Asturias fué recibido en la estación, aparte del elemento oficial y de rigor en esta casa, por la princesa de Asturias, a la que acompañaba la marquesa de Moctezuma, y de su secretario Sr. Sáiz de la Maza.

La infanta Isabel

En el expreso de esta tarde llegó a Madrid, procedente de París, S. A. la infanta doña Isabel, en unión de la marquesa de Nájera.

Los monjes de Espinosa

En Escorial hemos visto una numerosa y nutrida comisión de monjes de Espinosa, que particularmente han acudido a dicho Real Sitio para rendir el debido homenaje de respeto y cariño a Doña Isabel.

De estos fieles servidores, recordamos a D. Cefelino Fernández Cuadra, Villa, Gómez Marañón, Ruiz, Santayana, Peyón, Sáiz de la Maza, y otros cuyos nombres sentimos no recordar.

En su desdén supremo, Maura creará que esta noticia de *El Imparcial* es un arbitrio de reporter. Supone el presidente del Consejo que su personalidad preminente está por encima de las más altas jerarquías, que el éxito personal alcanzado por el rey en Barcelona es un éxito suyo, de suyo y de su significación política y de su osadía y arrogancia, y que el mismo atentado de que ha sido víctima—y no creemos necesario reiterar nuestra protesta—demuestra que la predilección de un iluso monomaniaco o anarquista, marca su odio de grande, de insignie, de insuperable estado.

Al lado de Maura la figura del rey comienza a difumarse y ya le han cantado el *Te Deum* que parecía reservado para los monarcas y los ejércitos vencedores.

Así, aquí puede maravillarse de lo acontecido con la reina Isabel? Se comenta el hecho, no en los círculos políticos, sino en todas las reuniones, en todos los hogares, y existe latente una protesta que surge de todos los corazones españoles, siempre generosos.

La República francesa no ha consentido que el cadáver de la reina Isabel saliera de París sin que se le rindieran los honores de su alta jerarquía; congregó 14.000 soldados de los cantones inmediatos a la capital, inclinándose las banderas, rindieron las espadas y las banderas militares plañieron la muerte de un monarca.

En España se le han hecho los mismos honores que a D. Francisco de Asís, infante de España y rey consorte.

El pueblo de Madrid no ha visto el cadáver de la que fué reina popular y aclamada; el Palacio no ha abierto sus puertas para que una hora siquiera a quien fué su duña, y estos regateos ante la muerte no pueden concebirse, no se conciben, sino a través de esta soberbia de Maura, que cree que a su lado hasta las personas reales, en quienes la tradición y la historia ponen una significación singular, son pequeñas a su lado y no deben interponerse en su carrera triunfal ni interrumpir su marcha por Cataluña y Baleares.

En su soberbia no ha visto Maura que podría dar lugar a que en esos comentarios que *El Imparcial* recoge, se interponieran torcidas interpretaciones. El señor Maura, ministro responsable de una Monarquía que tuvo por jefe a Doña Isabel II, está obligado a declarar que esta insignie torpeza se debe a su propia iniciativa.

El desdén es de tal naturaleza que esta mañana el ministro de la Gobernación, que se mira en Maura como en un espejo, probó a los periodistas que acuden a su despacho en busca de informaciones que ignoraba la hora en que el cadáver de la reina Isabel había de recibir sepultura.

Para Maura, la reina Isabel no fué nada, no significó nada; sólo un pequeño queño contratiempo en su viaje triunfal.

Al cabo fué una reina destronada y Maura se cree rey en ejercicio, tan alto, que no está obligado a sentir un poco de respeto o de misericordia siquiera por los venidos y por los muertos.

Una explosión en San Petersburgo

San Petersburgo 14. La noche pasada ocurrió una formidable explosión en el hotel Norte, de esta ciudad.

Cuatro habitaciones del cuarto piso fueron abajo con terrible estruendo, cayendo los escombros sobre el tercer piso, que también se derrumbó, salvándose milagrosamente los barones de Krugenshtern, que se hallaban durmiendo en una de las alcobas de dicho piso tercero.

Practicadas varias diligencias por las autoridades procedióse a abrir una información que dió por resultado el averiguar que el autor de la explosión era un individuo llamado Kazanov, hijo de un consejero de Estado que había llegado a San Petersburgo el día anterior.

Kazanov, cuyo oficio se ignora, dedicóse a la fabricación de bombas de dinamita.

Una de éstas explotó a raíz del siniestro, despedazando a Kazanov.

Paréceme que el pasaporte que éste llevaba era apócrifo.—Fabra.

CARTERA DEL OBRERO

NOTICIAS DEL DÍA

La locomotora Invenible

A la junta general extraordinaria celebrada anoche, a las nueve y media, en el teatro Barberi por esta importante Sociedad de obreros y empleados de ferrocarriles, acudió extraordinaria concurrencia.

El objeto de la reunión, según manifestó el compañero Pérez Nobe, que preside, era discutir la forma de conseguir mejoras y preparar el plan de campaña, deliberar sobre la coligación con los repúblicanos, que a la junta directiva ha propuesto el Sr. Salmerón, y discutir la reforma del reglamento.

Cuanto al primer punto, fué aprobada, tras breve debate, una proposición del compañero Abay, en el sentido de que se fije una cuota extraordinaria de 50 céntimos para sufragar los gastos que ocasione la estancia en Madrid de representantes de todas las secciones que asistan a una Asamblea llamada a discutir tan interesante particular.

Puesto a discusión el punto referente a la inteligencia con los repúblicanos, el compañero Antonio Sánchez dió cuenta de la entrada en vigor de la ley de 1.º de mayo de 1901, que les invita a unirse a su partido, sin detrimento de la finalidad económica que preferentemente persiguen ni de su personalidad colectiva.

Información del extranjero y de provincias

LA GUERRA

En San Petersburgo. Los efectos de la noticia

— París 15. Los efectos que ha producido la noticia de la catástrofe han sido en extremo sensacionales y de honda emoción.

Al saber el zar la noticia no pronunció una sola palabra.

Una palidez intensa cubrió su rostro, revelando la profunda emoción que sintió al enterarse de la catástrofe, y a los pocos momentos rompió a llorar amargamente.

En el público se generalizó la consternación. En las calles se arrebataban las hojas suplementales que los periódicos publicaban con las primeras noticias.

Se van conociendo algunos detalles relativos a la catástrofe. El gran duque Cirilo se hallaba en el puerto y fue lanzado al mar con heridas y quemaduras extensas en las piernas. A esta circunstancia debe el haber salvado la vida.

El almirante Makaroff estaba en su camarote cuando se produjo la explosión en compañía del contralmirante Molan.

El acorazado fue volcado completamente y ambos almirantes murieron ahogados.

Un correo especial ha sido enviado por el zar para dar el pésame a la viuda de Makaroff.

Un rumor digno de crédito asegura que al ocurrir la catástrofe el *Petrovsk* regresaba de practicar un reconocimiento para conocer la situación de la escuadra japonesa.

Cuando estaba a una distancia de dos millas de la entrada de *Porto*, parte el acorazado una explosión formidable en el centro del acorazado, surgiendo al mismo tiempo una tromba de agua, que voló al acorazado por completo.

Además del gran duque Cirilo, se salvaron cinco oficiales y 50 marineros que pudieron llegar a la costa nadando.

El cadáver de Makaroff no ha sido encontrado, pues sólo han aparecido los de cinco oficiales y 12 marineros.

Hoy celebrará el Almirantazgo honras fúnebres por las víctimas. — *Clement*.

Había un ruso

— Londres 15. Se han recibido noticias de la triste impresión que en la capital de Rusia ha producido la catástrofe de *Puerto Arturo*.

Un elevado funcionario ruso ha dicho lo siguiente:

«Podemos soportar los reveses; pero ver que el *Petrovsk* ha tenido el mismo destino que el *Yenissei* y el *Bojar*, parte el corazón. Además, se acaba de saber que el acorazado *Poltava* fue abordado hace unas semanas, durante unas maniobras, por el acorazado *Sébastopol*, resultando con una brecha en el casco.»

Se cree que el almirante Togo preparó a los rusos una emboscada. — *Dabor*.

Una versión japonesa

— Londres 15. El almirante japonés Urin ha mandado un lacónico despacho en el que dice que la escuadra del almirante Togo atacó el miércoles a *Puerto Arturo*, consiguiendo capturar a pique el acorazado *Petrovsk* y además un cazatorpedero, y añade que los japoneses no tuvieron más pérdida que un herido.

Se espera en Tokio el parte detallado del combate. — *Dabor*.

Efectos en Tokio

— Londres 15. Se reciben noticias de Tokio dando cuenta de que la noticia del séptimo ataque a *Puerto Arturo* se recibió ayer a las ocho de la mañana.

En los círculos oficiales produjo satisfacción inmensa, muy especialmente la referencia a la destrucción del *Petrovsk*.

La muerte de Makaroff ha sido muy sentida, pues gozaba de la admiración de sus adversarios, que no le regateaban el respeto a su valentía y demás condiciones, con las que había logrado rehabilitar a la escuadra rusa después de los primeros ataques y había sostenido la lucha contra fuerzas superiores.

Se esperan en el ministerio de Marina del Japón noticias del almirante Togo, que se separó de las cercanías de *Puerto Arturo*, desconviniéndose en qué sitio se ha situado. — *Dabor*.

Los japoneses avanzan

— París 15. En los centros oficiales se han recibido despachos del Estado Mayor del ejército de la India. Dienen que los japoneses han llegado a la margen izquierda del Yalu y han ocupado a Yongchön, llegando hasta el Pomaikhae, donde se han atrincherado.

También habían estos despachos de un combate sostenido entre exploradores rusos y japoneses. — *Clement*.

Nuevo almirante

— Londres 15. Se asegura que ya está decidido el nombramiento del almirante Skryloff para suceder a Makaroff.

Solo ha dado el zar la orden a San Petersburgo para recibir instrucciones y emprender el viaje al Extremo Oriente. — *Dabor*.

Los submarinos

— Londres 15. Referencias de San Petersburgo dicen que los oficiales superiores de la marina rusa están convencidos de que no ha sido un accidente el que ha producido la catástrofe del *Petrovsk*, sino la acción de algún submarino, pues en la armada japonesa hay cuatro barquitos de esa especie. — *Dabor*.

Parte de Oukomsky

— París 15. El comandante interino, contralmirante Oukomsky, ha dirigido al zar el parte siguiente:

«Ayer, a las diez de la mañana, hallándose la escuadra haciendo maniobras en la rada de *Puerto Arturo*, con la flota enemiga a la vista, el acorazado *Petrovsk*, que enarbolar la insignia del almirante, después de la explosión de una mina, se fue a pique.

Han perecido el almirante Makaroff y el subje de Estado Mayor.

Se han salvado el gran duque Cirilo, el capitán, tres tenientes, dos alféreces y 32 marineros.

Han sido recogidos los cadáveres de un capitán, dos alféreces, del médico del barco y de dos marineros. — *Clement*.

Explicación de la catástrofe

— París 15. En San Petersburgo explican la catástrofe por la circunstancia de haber desaparecido los planos en que se señalaba la situación de los torpedos instalados por los rusos cuando se fue a pique el *Yenissei*, portador de los que se destruyeron hace poco tiempo.

Como no saben de una manera precisa dónde está el peligro, se ven los marineros obligados a hacer maniobras al azar, exponiéndose a choques peligrosos.

Había dado orden Makaroff de que se destruyeran muchos torpedos, pero esa misma falta de planos ha sido causa de que no pudiera conseguirse.

No puede, por tanto, atribuirse responsabilidad a nadie por la pérdida del *Petrovsk*. — *Clement*.

La Princesa de Austria

— París 15. Los periódicos que se reciben de Viena dan cuenta de la visita que dedica extensos artículos al almirante Ma-

karoff, elogiando unánimemente sus buenas cualidades.

El *Freidenblatt*, entre otras cosas, dice: «Tomamos parte sincera y cordialmente en las penas que afligen a la nación rusa, amiga nuestra. Estamos convencidos de que la catástrofe de ayer no debilitará su valor ni ejercerá el menor influjo en el curso de la guerra.»

De esta misma opinión es la *Noue Presse*, añadiendo que las operaciones decisivas serán en tierra firme.

Algunos periódicos austriacos, muy pocos, muestran sus simpatías por los japoneses.

Uno de ellos es *Die Zeit*, que censura a Rusia por haber desafiado a Japón y haberse mostrado en exceso optimista. — *Clement*.

PORTUGAL

ECOS DE LISBOA

Hambre en la India. Incendio en un teatro. La navegación aérea. Varias.

Comunican de la India portuguesa que la plaga de la langosta devastó aquellas regiones, comenzando a sentirse los efectos del hambre.

Ayer se reunieron en el Centro Progresista algunos pares y diputados de este partido, a fin de trazar la línea de conducta que deberá seguir la minoría progresista en los próximos debates parlamentarios, delante de la recomposición del Gobierno, motivada por la entrada en el Ministerio Hintz Ribeiro del Sr. Rodríguez Pequito.

Como es natural, deliberaron hacer una fuerte oposición al Gobierno, pero sin causar grandes dificultades y conflictos.

En el teatro Príncipe Real, de Porto, y mientras se representaba una ópera, declaró un leve incendio, ocasionando un pánico enorme.

Cuando la monomanía de la acroestación. No escarmentados aún con el trágico fin de los tripulantes del globo *Lusitano*, varios temerarios afrontaron el peligro de la navegación aérea en aparatos muy primitivos, sin que con sus ascensiones tenga nada que lucar la ciencia.

Magalhães Costa, en París, y Ferramenta, en Porto, intentaron con éxito elevarse por los aires, arribando felizmente en tierra firme.

Sábese que la Compañía de la Zambesia tiene a la orden 20 millones de pesetas en un Banco londrino, para empezar la construcción del ferrocarril de Quelimane a la frontera inglesa.

Dentro de breves días el rey Don Carlos I reanudar sus exploraciones oceanográficas en el Atlántico, activándose para este fin los preparativos del yate *Real Donña Amalia*.

Hoy tendrá lugar en la Tapada da Ajuda un Concurso de tiro, en el que se disputará la taza Alfonso XIII, ofrecida por el rey de España, y que para el sucesivo irá adjunta al *Grand Prix* anual.

Asistirán los reyes y príncipes a esta fiesta, que promete resultar magnífica.

Ancló en este puerto una división naval rusa compuesta de un crucero y dos torpederos. — *VIRATO*.

INDIA

Victoria de los ingleses

— Londres 14. El Gobierno ha recibido un despacho del virrey de la India en que da cuenta de que la columna inglesa que marchaba sobre Gwangtee derrotó el día 10 a 2.000 thibetanos, dando muerte a 190, hirviendo a otros muchos y haciéndoles 70 prisioneros.

Los ingleses sólo tuvieron tres heridos. — *Fabra*.

GALICIA

COSAS DE ORENSE

Por qué decen nuestras fiestas. Un libro oportuno. Excursiones escolares.

12 Abril.

Desde que por aclamación se acordó que las fiestas anuales de la ciudad de Orense se celebrasen el día del Corpus, todo el mundo tenía derecho a pensar que aquellas irían aumentando en esplendor y novedad.

Mas, por desgracia, los síntomas son fatales. En 1901, inauguración de los citados festejos populares, resultaron éstos brillantísimos, solemnes, y colocaron a la ciudad y a la provincia sobre un pedestal de merecida gloria.

Las esperanzas de éxito comenzaron a decaer, y cada mes de Junio marca un compás de retroceso en los anales del buen gusto.

Estamos en vísperas de celebrar el cuarto año de festejos, y si no se opera un verdadero milagro, no pasarán seguramente a la posteridad por su atracción y sus bellezas.

Lo de siempre: repetición de un batallón infantil, cohetes, *Mayos* en *Junto*, concurso atrevido de chabacanos rurales y la conocida batalla de flores en una provincia en que tanto escasean.

Estos alicientes no pueden atraer concurrencia, pues nadie se decide a sufrir molestias y soportar gastos para no ver algo nuevo y útil.

¿En qué consiste semejante fenómeno, tratándose de una ciudad cultísima y animada? No seguramente en las comisiones de festejos, dignas de comiseración y respetos por los esfuerzos que intentan!

Las fiestas van a menos, y hasta llegarán a borrarse del gran libro de los acontecimientos, porque falta el principal elemento, el calor para dar vida al dinero.

Mientras el Ayuntamiento y la Diputación provincial no tiendan su manto protector, y mientras el comercio rico no realice más grandes esfuerzos metódicos que los realizados hasta ahora, la fiesta que debe realizar la hermosa provincia de Orense no resultará más que uno de tantos follores.

El ilustre director de este Instituto, D. Salvador Padilla, trabaja incesantemente en un libro tan curioso como de actualidad.

Será un volumen buscado con afán, leído con interés, tal vez sumamente discutido.

Trátase de un índice del *Quijote*, editado primorosamente por la casa Juber, de esa corte.

Esperamos con ansia la original semilla del ingenio del malagueño literato.

Otro catedrático de este Instituto, y, como el anterior, andaluz, D. Eduardo Moreno López, no cesa en sus excursiones escolares, exponiendo a los alumnos de sus disertaciones científicas las villas o monasterios de mayor importancia de nuestra provincia.

La villa de Ribadavia fué la favorecida últimamente con la visita del docto profesor, y los alumnos del importante Colegio de San Luis Gonzaga, todos de su cátedra, los agradecidos por la suerte. — *JUAN NEIRA GARCÍA*.

En el Centro obrero

— Lugo 15. El presidente del Comité liberal D. José Benito Pardo, ha dado una notable conferencia en el Centro obrero, siendo muy aplaudido. — *Prado*.

CASTILLA

El proceso de Torremolinos

— Lugo 14. El juez especial de la causa de la catástrofe del río Najorilla, D. Ramón Carrera, ha dado por terminado el sumario, entregándolo a la Audiencia provincial.

Consta de 3.547 folios. — *Peña*.

ANDALUCIA

Un banquero a la cárcel. Protestas y comentarios. Tormenta.

— Málaga 15. De orden del Juzgado militar, ha ingresado en la cárcel el banquero de esta plaza D. Pedro Barrera, por haber pagado en Junio de 1900 una letra de 149 pesetas, expedida a orden de un sargento de reparaciones.

Al año de esto se descubrió que la mencionada letra había sido sustraída y cobrada sorprendiendo la buena fe del banquero.

Este está siendo muy visitado en la cárcel, y toda Málaga protesta de la decisión del Juzgado militar, haciéndose vivísimos comentarios.

Ha desahogado en esta población una fuerte tormenta.

Un rayo cayó en los almacenes de D. Federico Gras, causando algunos desperfectos materiales. — *Navas*.

CANARIAS

DESDE SANTA CRUZ

10 Abril.

La rescisión de las obras del puerto sigue dando juego. En tanto que periódicos, como *El Tiempo*, conservador leonino, y *El Ideal*, republicano acomodaticio, exageran la nota patriótica por servir los intereses de una campaña política, mezquina y personal, con apasionamientos de sectarios y maldades de juramentados, a cuyo juego se presta, aunque vergonzosamente, *El Diario de Tenerife*, el *Cronista de Tenerife* y *La Opinión*, publican razonados artículos, en los que se señalan el irreparable perjuicio que a esta capital y a la isla entera ocasionaría la rescisión, y la necesidad imperiosa de buscar por todos los medios imaginables la inmediata solución del conflicto, sin que en ella influyan en absoluto los elementos que, acandillados por el leonino señor Bethencourt Montes de Oca, aprovechan las tristes circunstancias por que atraviesa nuestro puerto a fin de presentar al señor León y Castillo como el único salvador de Tenerife.

¿A qué tristes reflexiones se presta la conducta de esos periódicos!

Celebróse al fin el mitin, como a su tiempo telegráficamente, y nada digno de mención pudo comunicar.

Sin originalidad en los discursos ni otros pensamientos ni conceptos que los de *rúbrica*, pasé dos horas de aburrimiento oyendo cantar las excelstudes de la República y escuchando los porrazos a la Monarquía, que al decir de sus enemigos no encierra nada bueno.

Si el ensayo del gobierno del pueblo por el pueblo mismo hubiera dejado en España gratos recuerdos, a buen seguro que el escepticismo no bregaría por destruir las esperanzas de una futura regeneración provocada por los republicanos. Ya sabemos qué clase de recuerdos dejaron a su paso por el Gobierno de la nación, y la fe en su *varita mágica* se ha perdido casi totalmente.

¿Quién encauzará a esta pobre España por nuevos y seguros derroteros?... — *PETRONEO*.

Figuras populares

Nuestro número de hoy consta de ocho páginas.

Su precio es, como de ordinario, 5 CÉNTIMOS 5

FIGURAS POPULARES

LOS RUSOS DE LAS PIELES

¿Quién no ha visto a esos tres rusos que andan por Madrid haciendo vendiendo pieles en cafés y cervecerías?

Sus extrañas y ridículas vestimentas grises y gorros de Astrakán, les han dado mucho relieve, y entre nosotros disfrutan de generales simpatías.

He observado además, que desde el comienzo de la guerra de Rusia y el Japón, las gentes les significan suaprecio de manera muy ostensible, detalle que demuestra cuál es la estima que los dos naciones beligerantes nos es más simpática.

Esos tres rusos son excesivamente amables, cariñosos con el público, muy listos, y tan francos, que a la segunda vez que hablan con usted ya le futean como si la conociesen de leviguo. Es un carácter encantador el de esos hombres.

Sin embargo, el que tengan *buna pasta* no quiere decir que sean débiles de espíritu, y más de cuatro que les tomaren el número cambiado, como dicen los chulos, a punto estuvieron de dejarse la piel entre sus manos, como, después de todo, habría sido muy natural.

De los tres el más joven es el más simpático, y en fuerza de bromear con él, cuando le veo en el Colonial o en Fornos, ya somos amigos.

A pesar de lo desarrollado de su cuerpo y de lo hombretrón que, sólo cuenta diez y siete años y no le he visto ser nunca. Es el muchacho más alegre de la tierra.

Hay quien cree que los dos rusos jóvenes son hijos del de la barba, que va con ellos. No. El menor es, únicamente, amigo y compañero de los otros, que son padre é hijo.

El padre tiene cuarenta y dos años, según dice, y el hijo diez y siete.

Ignoro por qué ocultan un nombre y por qué son tan reservados. Yo quisiera hacerles sus fotografías, y cuando conocieran mi propósito negáronse en absoluto a venir a la redacción.

Lo único que me han dicho, hablando de sus personas, es que son naturales de Kássa; pero lo que es el nombre no lo suelitan ni a tíos.

Este misterio lo interpreta la gente en el sentido de que quizás sean nihilistas fugados de Rusia y sobre los cuales pesa alguna sentencia.

Yo, francamente, no sé a qué atribuir esa exagerada reserva; pero creo que algo debe de sucederles cuando tan poco expósitos se muestran.

De su industria han hablado algunas veces conmigo; pero nada más que de eso. Ni si-

quiera he podido arrancarle las señas de su domicilio. Son al secreto personificado.

Se encuentran en Madrid hace un año próximamente, y están muy satisfechos porque han vendido mucho.

Al principio el negocio fué admirablemente, pues vendieron pieles a elevados precios. Hoy tienen que darlas más baratas, y necesitan despachar grandes cantidades para obtener una ganancia regularita, pues debo advertir que las venden en comisión.

Poseen los idiomas ruso y francés, y el español lo hablan bastante bien desde que llevaban dos meses entre nosotros.

Les gusta extraordinariamente nuestro país y sobre todo nuestro carácter, y confiesan que donde se han vestido más barato ha sido en España.

A estéticos no los gana nadie; pero amigo, cuando se suscita con ellos una conversación a propósito de la guerra de Oriente y por oírles se pone uno enfrente de Rusia, entonces los peteleros pierden los estribos y parecen mercedarios por su nerviosa manera de hablar en español.

«¡Ah! No seas un burro—exclaman indignados.—¡Rusos cortarían cabezas o japoneses entrarían Tokio!»

«Vámonos, calla—se les contesta por oírles.—Los japoneses son muy valientes.»

«¡Brrr! Japoneses ser monos y nosotros ser hombres.»

Para los tres simpáticos rusos la sociedad se divide en dos grupos: marqueses y gente.

LA SALUD PÚBLICA

UN BANDO DE LA ALCALDIA

Se ha fijado en los sitios públicos un bando del alcalde dando disposiciones encaminadas a evitar el desarrollo de enfermedades contagiosas.

En dicho documento se dispone:

La obligación de desinfectar y declarar los casos de enfermedades contagiosas.

La prohibición de vender o ceder utensilios y ropas que hayan servido a enfermos o fallecidos antes de ser desinfectados, y asimismo la de vender ropas usadas en toda clase de establecimientos sin ser previamente desinfectados y contraseñados.

Es obligatoria la desinfección de cuartos de afeitados.

Se prohíbe a los porteros y dueños de establecimientos el barrido en seco de portales y tiendas.

Debe colocarse en la puerta del domicilio donde haya ocurrido un caso de enfermedad un cartel anunciador.

Estas y otras disposiciones del bando no parecen muy bien, aunque tememos que no se cumplan. El alcalde debe dar severas órdenes a sus subordinados para ello, y los vecinos, por su parte, deben ayudar en cuanto puedan poniendo en conocimiento de los tenientes de alcalde las faltas que observen, lo mismo en sus domicilios que en las calles.

— *Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿Cuánto?—se le contesta.*

— *¿*

Los principales hechos acaecidos en Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana, México, Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, la Argentina y Chile.

Trátase, además, en él, de las tierras magallánicas y la Patagonia, de la segunda conferencia internacional americana, de la raza hispánica en América, de los europeos en América, etc., etc., etc.

Por lo expuesto, el lector si el libro que recientemente ha dado al público el Sr. Beltrán Róspide es de esos que necesitan recomendarse.

Yo creo que no, y que debe bastar para el éxito a que es acreedor solamente la noticia de que se ha puesto a la venta.

FELIX DE MONTEMAR

A través del mundo

En Nueva York, según estadísticas, hay 400 casas de juego, encontrándose empleadas en ellas cerca de 100.000 personas.

Los ingresos que dan al Tesoro por concepto de contribución ascienden a 1.500.000 dólares anuales.

La guerra de Turquía costó a Rusia en 1898 100 millones de francos y 120.000 hombres de pérdidas. En la de Crimea, en 1854, gastó 1.525 millones, perdiendo 485.000 soldados, y en la segunda, con Turquía, 950 millones y 180.000 bajas.

En la actual seguramente que le resultará más cara que ninguna, dados los adelantos modernos, que tan caros se pagan.

En Goggia (Italia) se ha descubierto recientemente una Sociedad titulada La Malavita, cuya misión era la educación de criminales para el mal.

En ella se daban consejos y lecciones, por una pequeña cuota de asociación, a la futura carne de presidio.

En trescientas y pico calles de Berlín hay plantados la friolera de 4.000 árboles, cuyo valor asciende a más de un millón de pesetas.

Para cuidar de ellos, como asimismo de los parques en que algunos de aquéllos se encuentran, figura en el presupuesto municipal 250 jardineros y 700 ayudantes.

El triste destino del almirante Makaroff nos recuerda el siguiente hecho ocurrido hace poco, y que demuestra la fe que debe tenerse en los presagios.

Antes de marchar al Extremo Oriente el almirante Makaroff, tomó un billete de una lotería de beneficencia organizada en Cronstadt en beneficio de los heridos rusos.

Verificado el sorteo en una sala del Liceo de Cronstadt, resultó el billete del almirante favorecido con el primer premio, que era un cuadro del pintor ruso Koliushki.

Apenas conocido el resultado, se envió al almirante Makaroff el siguiente telegrama:

«Vuestro billete de sorteo premiado. Es un buen augurio; el triunfo os sonreirá también en el campo de batalla.»

Leemos en un periódico, aunque la noticia parece un poco rara, que en un pueblecito de Francia a una gata se le quitaron los gatitos que amamantaba. El animal desapareció, encontrándose después en un granero, dando tranquilamente de mamar a una nidada de ratas, compuesta de seis pequeños roedores.

¿Será cierto?

El Gobierno francés ha introducido el estudio del ciego ó blonda hechos a mano ó en almohadilla en los programas de las escuelas normales de Puy Coeur.

Como se trata de una industria genuinamente española y que ha florecido en tiempos pasados, la noticia puede servir de ejemplo.

En todas partes cuecen habas, aunque en España sea a cántaros.

Véase si no el siguiente anuncio que publica un periódico de Hamburgo:

«Yo, Alfredo, barón von Dailwig, ex jefe de escuadrón de la caballería de la guardia de la Landwehr, antes en el segundo regimiento de hulanos, capitán de la artillería boer durante la guerra sudafricana, estoy a punto de morir de hambre. La guerra me ha dejado indolente. Tengo amputado el brazo izquierdo; la muleta izquierda me la rompió un balazo; tengo una bala en el costado derecho y otra en el izquierdo. Me es imposible, a pesar de mis esfuerzos, ganarme la vida. Mi situación es desesperada.»

Se anuncia la próxima aparición de un periódico titulado *La Atlántida*, que emprenderá a publicar en los vapores franceses, ingleses, alemanes y americanos que hacen la travesía entre Europa y los Estados Unidos.

Tendrá la misma forma y se redactará e imprimirá a bordo.

Para los filatelistas: El rey de Servia Pedro I ha mandado tirar una nueva emisión de sellos de Correos con su efigie, destinados a sustituir los que aún circulan con la del difunto Alejandro.

Dos pueblos rusos han pedido al ministro del Interior permiso para aplicar al Tesoro de la guerra 5.000 rublos que habían recibido como indemnización por expropiación de terrenos utilizados para la construcción de caminos de hierro.

Al margen de las instancias presentadas al ministro, el zar ha escrito de su puño y letra: «Agradezco mucho el ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo. Las circunstancias actuales no exigen de parte de Rusia sacrificios que afectarían al bienestar nacional.»

GANARÁS EL PAN...

Primer premio del Concurso de novelas abiertas por la casa Heinrich y Compañía, de Barcelona.

El coche se deslizaba por el asfalto de la calle del Arsenal al blando movimiento de sus llantas de poma. En la estrechez de la calle, la Puerta del Sol se veía reducida al tamaño de la Gaceta, con su festiva torre de ladrillo y la amarillenta esfera de su enorme reloj, más amarillenta aún ante el blanquísimo resplandor de los focos eléctricos que en la espesa neblina de polvo parecían globos de chicle flotando en el aire. El pasadizo de San Ginés quedaba a la izquierda del coche, y en el fondo, como un punto lejano, se veía la Puerta del Sol, al final de la calle, los árboles de la plaza de Isabel II, recordando sus copas oscuras en la fachada trasera del Real, daban la impresión de la entrada de un túnel, el ojo gigantesco de un gran puente de piedra. Un automóvil con sus faros encendidos, resplandeciente, pasó instantáneamente dejando tras sí desagradable olor de gasolina.

—¿Qué ganas tengo de tener un automóvil? —¿Para qué quieres tú eso? —Para correr, para volar, para no estar quieto diez minutos en el mismo sitio. Pasar por las casas sin verlas, pasar por los puentes sin mirarlos, por las carreteras sin apearse tocándolas; corriendo siempre, siempre corriendo, sin saber adónde, ni conocer a nadie, ni hablar con ninguno; sin más pensamiento que el de volar, ni más idea que la de correr; siempre de prisa, tal, tal, tal, adelante, adelante, adelante.

—Y yo con la otra. —¿Con cuál? —Con la del cariño. Porque tú sí que me emborrachas a mí; tú sí que me mareas más que cuatro botellas de Monilla. Contigo puedo ir a la noche de donde estoy, de dónde estoy, encuentro, de lo que hago, para no pensar más que en mi Isabella de mi alma, que me enloquece cuando me mira con sus ojos azules y me trastorna con las palabritas de sus labios.

—¿Mis labios? ¿Si tú no los quieres? —Poco. Como pastel de crema chiquillo goloso.

—¿Goloso? ¿Los quieres? Tómalos. Y alargando la cabeza se los ofreció gustoso y sonriente. Y sonriente y gustoso los aceptó él, besándolos y mordisqueándolos como fruta sabrosa.

Imprudente el cochero, cogió la tralla y fustigó al caballo, que al sentir la caricia salió de su letargo y salió al trote, carretera arriba, con extraordinaria rapidez, dejando tras sí, en breves momentos, la estación del Norte y el Asilo de lavanderas, reposando en la sombra con sus trones quietos y sus finos dormidos. Los hilos de plata de la luna se filtraban entre las hojas tejidas en el polvo primoroso encaje. Frescas ráfagas de aire daban en los rostros de la pareja y sus cuerpos se mecían al compás de los movimientos del coche blandamente amortiguados por las llantas de goma. Por la blanca línea del camino, humillada la tierra y tardo el paso, avanzaba una cuadrilla de segadores. Venían mustios, cansados, encorvados los cuerpos, arrastrándose penosamente sobre sus grandes zuecos de madera. Los había viejos, con grandes mechones de canas que asomaban bajo los sombreros; otros, más jóvenes, que se quedaban rezagados. Y todos caminaban con sus hoces a cuestas, tristes y molinos, sucios y desahogados, como desfilando alalange del ejército de los hambrientos.

—¿Pobrecillos! ¿De dónde vendrán? —preguntó Isabella al padre.

—Ellos, como yo, vendrán a la cabeza, y dando un gran suspiro, contestó:

—De Galicia, señorita; de la tierra de todos los pobres.

Los segadores habían detenido el paso y miraban con más curiosidad que envidia a aquella señora, tan hermosa y tan elegante, que se paseaba tan a desahogo por la carretera. Ella, al notar que la miraban, se sintió conmovida, y abriendo nerviosamente el bolso los arrojó por detrás de la capota del coche dos duros en plata, que vibraron con argentino tono al chocar con los guijarros.

Cogiéndolos los más jóvenes y se los dio al más viejo, al cual los guardó en las profundidades de su faja, diciendo al mismo tiempo emocionado:

—Gracias, señorita; muchas gracias, y que Dios se lo pague.

—¿Que Dios se lo pague! —contestaron los demás al coro levantando los brazos. Después siguieron su camino hacia perderse bajo la sombra de los árboles.

Este encuentro los entristeció de tal manera, que durante largo rato ninguno de los dos abrió la boca. El cochero había dejado la fusta en el pescante, y con la cabeza caída y las manos en la maneja, se dejó ir a su autojío al caballo que empezó a caminar pausadamente con fardo pasado de macho de transporte.

—¿Y ves? —exclamó él al cabo de un rato, esforzándose por sonreír, tratando de ahuyentar los pensamientos que empezaban a amontonarse en su cabeza; — ¿ves tú? —ahí tienes la contraposición de tu automóvil, esos infelices saben siempre adónde van y de dónde vienen; vienen de donde hay hambre, van adonde hay dinero que ganar. Para andar los 70 kilómetros que tu automóvil salva en una hora, ellos necesitan tres días, pero llegan. El uno es el genio que arrostra los obstáculos. Tu automóvil es la ciencia, el progreso, el adelanto; ellos la barbarie, la ignorancia, la rutina.

—Está bien tu comparación.

—¡Toma! —ya lo creo que está bien. —Como que es una crónica que me valdrá mañana cuatro duros.

PEDRO MARTA.

ESCUADRAS INGLÉSAS

DE NUESTRO CORRESPONSAL

—Palma 15. Del 13 al 17 de Mayo se reunieron en este puerto cinco escuadras inglesas, cuyo total de buques ascendió a más de 100, tripulados por 35.000 hombres. —Véase.

EN EL CÍRCULO LIBERAL

Copiamos de nuestro estimado colega *El Globo*:

«Con gran entusiasmo y extraordinaria concurrencia se verificó anoche, en la sala de sesiones del Sr. Moret, una reunión del partido liberal, con el objeto de acordar procedimientos adecuados y eficaces para la inclusión y exclusión de electores en el Censo electoral de esta corte.

Tanto el Sr. Moret como el señor conde de Romanones, encabezan la necesidad de inclusión y exclusión, para que este último sea un instrumento legal, puesto que en los defectos del actual radican todos los vicios y corrupciones, contra los cuales clama la opinión.

Propusieron que los Comités de distrito trajeran al provincial la lista completa de inclusiones y exclusiones, para que este último se encargara directamente de reclamar y gestionar ante las Juntas municipal y provincial, haciéndolo este el partido liberal, no sólo por interés propio del mismo, sino para que sirva de ejemplo y estímulo a otros que hasta ahora no han ocupado de tan trascendentes asuntos.

Después de hablar en el mismo sentido los Sres. González Rojas, Covisa, y muy elocuentemente el Sr. Requejo, terminó la reunión, acordándose que de seis a ocho de la tarde pudiesen pasar por la secretaría del Círculo liberal, para la inclusión o exclusión de cualquier otra, en el Censo electoral.

—¿Qué hay? —pregunta con fingida displacencia.

—Pues que éste dice que D. Nicolás va a hacer aquello, y yo le he dicho que no.

—Ninguno está en lo cierto. Lo sensato es esto otro.

Y Guillén pronunció una doctra de palabras, claras, precisas y terminantes, que dan la solución al debate callejero, y todos aplauden, aunque piensen de distinto modo.

En épocas de motines y de disgusto popular, Guillén traza caminos y aconseja la actitud que deben adoptar sus correligionarios.

—¿La ofensa que el Gobierno ha inferido a este grupo de entusiastas republicanos debe responder con un movimiento villano? —exclama el pequeño cabecilla.

—Estamos decididos a todo! —grita enardecido el coro general.

Y al día siguiente, ya se sabe. Donde más palos reparte la policía es en la acera del Sol, cuando los amenazan espantosos no se cumplen.

El señor Paco, como le conocen allí sus camaradas, es, por ejemplo, uno de los más feroces enemigos de la Monarquía.

Con su amplio abrigo color marrón, su barba gruesa y su grueso garrote en la mano, resulta un ser interesante.

En el primero en la defensa de sus ideales y el que más ruido arma en la Puerta del Sol cuando hay disturbios.

—¿Ya llegó la hora! —grita con voz enronquecida y siniestra. —¡No corra! ¡Duro con los esbirros!

Y en cuanto se acercase a la fuerza pública, el señor Paco cambia de color y desaparece por los cuatro vientos.

Nuevo arco iris, cuando la tranquilidad renace y la vida vuelve a su estado normal, el hombre terrible reaparece y justifica su desaparición diciendo que no hubo quien le siguiera.

Todo esto podrá ser más o menos ridículo, pero indudablemente y quizás por eso, la

querer que tomen parte los cuatro matadores del año pasado.

El día 17 toreará en Barcelona el matador de Novillos, don Antonio Boto, Regentado el 24, en Valencia; el 1.º de Mayo en Barcelona, y el 8 en Burdeos.

El ganado que en estas corridas toreará pertenece a las ganaderías de Otalauruchi, Félix Gómez, Pérez de la Concha y Carrero, y en 19 de Junio lidiará ganado de D. Esteban Hernández, en Valencia.

Ricardo Torres, Bombita chico, toreará en la plaza de Burgos los días 29 y 30 de Junio, en las famosas corridas de la feria de San Pedro.

EN EL PARDO

Saint Aubin nos ha desdripado el cuento desdubriendo nuestro propósito de hacer una campaña en favor de la vida campestre y de las excelencias de El Pardo y sus montes.

No hay, pues, si no declararlo desde luego y hablar de lo que importa: nadie pone en duda, en efecto, que pasar un día en el campo es ganar por lo menos un año de vida, y nadie ignora tampoco que de las cercanías de Madrid El Pardo es la que mayores garantías ofrece para esa admirable combinación higiénica cada vez más un gran negocio.

Ahora bien: para pasar un día en El Pardo se necesitan dos cosas: medios de locomoción y sitio donde reponer las fuerzas mediante una alimentación conveniente. No todos los mortales cuentan con un *sportman* tan espléndido y diestro como Juanito Catena que pone a su disposición a la vez su automóvil y sus maravillosas prendas de automovilista, y es necesario, por tanto, que la empresa del tranvía de vapor aumente el servicio de trenes: tal como hoy está establecido resulta casi inútil, y el aumento de servicio se impone sin riesgo para nadie, puesto que constituirá cada vez más un gran negocio.

El segundo problema, el de la alimentación en El Pardo, está perfectamente resuelto: el café restaurant de los Jardines, ya lo dice Saint Aubin, sirvió anoche un verdadero banquete a los concurridos, que aplaudieron al jefe de cocina de la casa M. Le Roy. De eso, pues, no hay que preocuparse, y en cuanto el servicio de trenes aumente, habremos hecho ricas a las compañías de seguros sobre la vida, porque aquí no morirá nadie.

El campo es el verdadero y único elixir de longevidad.

LA ACERA DEL ORIENTAL

Es uno de los puntos más característicos de Madrid. La Puerta del Sol, que tiene tantos aspectos, ofrece el político en el trozo de acera que hay entre las calles de Preciosos y del Carmen.

Muchos republicanos y algunos carlistas y libertarios reúnen allí diariamente, y desde las diez de la mañana hasta las once de la noche la acera del Oriental es un círculo político al aire libre, donde se agitan ideas diversas.

Es un centro que cuenta con socios muy antiguos donde todo se discute, donde se trazan magníficos programas de Gobierno, donde se exponen los mejores procedimientos de salvación para la Patria.

El partido federal tan poco numeroso en conjunto, es el que está mejor representado en la acera del Oriental.

Puede decirse que casi todos los que van a discutir delante del *Hotel de la Paix* son federalistas.

Los transeúntes que cruzan por aquí solito y que al pasar prestan alguna atención a lo que se dice en los corros, escuchan frases aterradoras y amenazas que ponen el cabello de punta.

—¿Aquí hace falta corar muchas cabezas! —he oído decir al anglosajón.

—¿Y montañas de reaccionarios estrangulados!

—Antes del jueves las calles estarán cubiertas de cadáveres. ¡Me constan!

—El triunfo de nuestras ideas es indudable.

Y así pasan el día los ciudadanos que viven en la acera del Oriental. Ellos lo saben todo. Ellos están en el secreto de la vida y la hora en que España va a dar una vuelta completa.

Si le preguntan ustedes a uno de esos revolucionarios por qué saben con tal certeza proyectos que otros no debían revelar, responden en seguida:

—D. Nicolás me lo ha dicho en confianza. Me quiere como a un hijo; conmigo no tiene secretos jamás.

Uno de los más antiguos y asiduos concurrentes a ese Centro, es Guillén, el elocuente Guillén, que goza de gran popularidad y prestigio en los círculos políticos y literarios.

Guillén es un hombre joven, con gafas, de escaso bigote y un poco finchado al hablar. Empezó a defender sus ideas en el Círculo de Juventud republicana que hubo en la Carrera de San Jerónimo, sobre la tienda de Venancio Vázquez.

Y así, al fin, el mismo Cadizanos, que después ha sido delegado con la Monarquía, llevaban la voz cantante del Círculo y decían horrores contra el régimen actual en las reuniones que los socios celebraban.

La opinión de Guillén pesa de tal modo en el ánimo de sus correligionarios, que lo que él dice se tiene cuenta de hoja. Es un prestigio que no se discute sus máximas.

Se promueve una acalorada discusión, los juicios están encontrados y cuando la diversidad de apreciaciones va a concluir en cuestión personal, aparece la prestigiosa figura de Guillén y todos se callan.

—¿Qué hay? —pregunta con fingida displacencia.

—Pues que éste dice que D. Nicolás va a hacer aquello, y yo le he dicho que no.

—Ninguno está en lo cierto. Lo sensato es esto otro.

Y Guillén pronunció una doctra de palabras, claras, precisas y terminantes, que dan la solución al debate callejero, y todos aplauden, aunque piensen de distinto modo.

En épocas de motines y de disgusto popular, Guillén traza caminos y aconseja la actitud que deben adoptar sus correligionarios.

—¿La ofensa que el Gobierno ha inferido a este grupo de entusiastas republicanos debe responder con un movimiento villano? —exclama el pequeño cabecilla.

—Estamos decididos a todo! —grita enardecido el coro general.

Y al día siguiente, ya se sabe. Donde más palos reparte la policía es en la acera del Sol, cuando los amenazan espantosos no se cumplen.

El señor Paco, como le conocen allí sus camaradas, es, por ejemplo, uno de los más feroces enemigos de la Monarquía.

Con su amplio abrigo color marrón, su barba gruesa y su grueso garrote en la mano, resulta un ser interesante.

En el primero en la defensa de sus ideales y el que más ruido arma en la Puerta del Sol cuando hay disturbios.

—¿Ya llegó la hora! —grita con voz enronquecida y siniestra. —¡No corra! ¡Duro con los esbirros!

Y en cuanto se acercase a la fuerza pública, el señor Paco cambia de color y desaparece por los cuatro vientos.

Nuevo arco iris, cuando la tranquilidad renace y la vida vuelve a su estado normal, el hombre terrible reaparece y justifica su desaparición diciendo que no hubo quien le siguiera.

Todo esto podrá ser más o menos ridículo, pero indudablemente y quizás por eso, la

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. EL CONVENIO ANGLO-FRANCÉS



Completando nuestra información de estos días referente a un asunto de tanta importancia para España como el reciente convenio entre Francia e Inglaterra, publicamos los dos mapas que acompañan a estas líneas y que representan, el uno el imperio de Marruecos, siendo la línea gruesa la parte de la costa donde, según el convenio, ni Francia ni Inglaterra consentirán que se levanten fortificaciones de ninguna clase, y el otro los territorios comprendidos entre el Níger y el lago Chad, en los cuales los dos naciones contratantes se han hecho mutuas e importantes concesiones que las aseguran el cumplimiento del tratado.

Unidas Francia e Inglaterra, y ensanchando

acera del Oriental es el punto de Madrid más típico.

Allí hasta los vendedores ambulantes son propios del terreno que pisan.

De una a otra punta de la acera no se oyen vocar más que cosas que están en relación con el ambiente revolucionario que se respira.

—¡Abanico-revolución! ¡Abanico-puñal! ¡El Cencerro! ¡El País, denunciado! ¡El Molin! ¡Tierra y Libertad! ¡La conquista del pan, escrita por Luis Taboada y López Silva!

—¿Por qué no venden eso en otra acera de la Puerta del Sol? Porque no encontrarían compradores.

Cada trozo de la gran plaza tiene su público y sus mercancías.

Por eso en la acera del estanco sólo venden perros; en la de la cervicería de Candela un viaje al país de los elefantes y las Dolores de Campañón; en la del café de Levante, periódicos taurinos; en la del Ministerio, cepillos para la ropa, llaveros y pastillas blancas; en la de la Mallorquina, la *caja del ratón* y el gato, y en la del café de Correos, la Guía de ferrocarriles y la de Madrid con sus calles, callejuelas, paseos públicos y puntos de interés.

Pero hay que convenir en que de todas las aceras, la del Oriental es la más graciosa y la que tiene más carácter.

EL CÉLEBRE PÉREZ

VIAJERA ILUSTRE

—Tánger 15. Ha fundado en este puerto el crucero inglés *Prometheus*, al borde del cual viaja la hermana mayor del rey Eduardo VII. —J. T.

DE AGRICULTURA

CULTIVO DE ALGODÓN

Con gran actividad se siguen por el ministerio y Dirección general de Agricultura los trabajos precursores del cultivo de algodón en España, habiéndolo recomendado las regiones agrarias de Canarias, Baleares, Levante, Andalucía oriental y occidental y Cataluña, y a las Granjas de la Corona, Valencia, Jerez y Barcelona, que comenzarán los trabajos muy en breve, a cuyo efecto se han pedido semillas a nuestros cónsules de Argel, Egipto, El Cairo y Túnez.

Una vez recibidas dichas semillas se repartirán con profusión en las regiones agronómicas y establecimientos antes citados.

Igualmente se proporcionarán a las Sociedades del servicio agrario para que se faciliten a los agricultores que lo deseen con las instrucciones necesarias para su cultivo.

CONCURSO DE AVENTADORAS

El anunciado por la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, auxiliada eficazmente por la Cámara Agrícola de Madrid y Asociación y agricultores de España, promete ser de gran interés por la gran concurrencia de aparatos que han de presentarse; pues hasta la fecha son 13 las casas inscriptas con 27 máquinas, esperando mayor número, según anuncios y referencias, lo que ha hecho que la comisión organizadora que se constituirá en Junta desde el momento que empiecen las pruebas, acuerde la admisión de todas las que se suscriban hasta el día de hoy inclusive, aunque su presentación tenga efectos algunos días después o durante el tiempo que se verifiquen las pruebas de las ya presentadas.

Las máquinas se hallan instaladas en el pabellón destinado al efecto en la Granja central de Castilla la Nueva (Moncloa), bajo la garantía de los ingenieros afectos a la misma.

Las casas constructoras inscriptas hasta hoy son las de Sebastián Garrido, de Valladolid; José Vidal, Álvarez Bermejo, de Almagro (Ciudad Real); Jiménez Compañía, de Valladolid; Julián Hernández, Sturges y Foley, de Madrid; Martín e Hijos, de Alajeros (Valladolid); Eida Villar, de Cañas (Cuenca); Coll y Compañía, de Huesca; Cutad y Compañía, de Lérida; L. Zorita, de Valladolid, y Antonio Cital, de Lérida.

CONCURSO DE PISTOLA

Programa y reglamento

1.º *Arty Sport* abre dos Concursos internacionales de tiro de pistola, apuntando a la orden de mando, que se verificarán en los Jardines del Buen Retiro; el primero comprenderá los días de 1.º a 3.º de Abril al 15 de Mayo, y el segundo desde el 16 de Mayo hasta que termine la luz por la tarde.

2.º Este Concurso es libre para señoras y caballeros.

3.º Los cartones del Concurso irán numerados y sellados y costarán dos pesetas cada uno.

4.º El número de disparos serán siete sobre cada cartón, a 16 metros de distancia.

5.º Será vencedor aquel que haga mayor número de puntos en los siete disparos, siempre que, por lo menos, haga dos blancos en la diana ó punto blanco de la meta.

6.º Para los efectos del recuento de puntos se entenderá que la diana vale siete, seis el círculo negro del centro, cinco la primera línea subsiguiente, etc., etc.

7.º En caso de duda acerca de dos cartones por parte del Jurado, que se celebrará oportunamente, los cartones se dispartarán el puesto que se discute en tres cartones por cada parte, siendo vencedor el que haga mayor número de puntos.

8.º Las pistolas que se admitirán serán las rayadas, de calibre 12 a 14 milímetros,

pudiéndose emplear las del tiro ó las que los concurrentes presenten en las condiciones indicadas, pero siempre armas en que no se emplee el cartucho metálico sino la carga ordinaria del calibre fijado.

9.º Los encargados del tiro cuidarán de que nadie pueda faltar a las condiciones de seriedad y lealtad que este *sport* requiere, y el Jurado resolverá todo aquello que no esté previsto en este reglamento.

El director del colegio, señor marqués de Alta Villa, que como todos saben, fué vencedor tres años consecutivos en los Concursos internacionales de París, dirigirá nuestro Cortesmen y podrá disminuir sobre el terreno cualquier duda que se ofrezca.

Premios

Primeros premios de ambos Concursos, 300 pesetas y medalla de oro a cada uno.

Segundos premios de ambos Concursos, 150 pesetas y una medalla de plata a cada uno.

Además se concederá un diploma de gran premio si un mismo individuo gana los dos primeros puestos de los Concursos, haciendo en este caso una sola medalla más importante.

Las Sociedades y Corporaciones se disponen a realizar la brillantez de los festejos tomando parte activa en ellos.

Para que nada falte tendremos toros, y esto, por sí solo, es un acontecimiento, si se tiene en cuenta lo raro que es por estas alturas el espectáculo *sui generis* de los españoles. La lidia estará a cargo del *Poteco* y su cuadrilla. El ganado dicen que es bravo y que dará faena, con cuyos datos están los aficionados relamiéndose de gusto... taurino.

Por mi parte ni me *legría* ni me *caería*, aunque si otra cosa no dispone quien manda, no faltará ese día a la plaza, engañado por el entusiasmo de la no menos engañosa *mananilla* que por aquí se paladea.

Mañana domingo, y como para *hacer boca*, se lidiarán por varios aficionados dos novillos que, *conquistados* a los socios del Club

